

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — TOMO XXXI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 27. — N° 796.

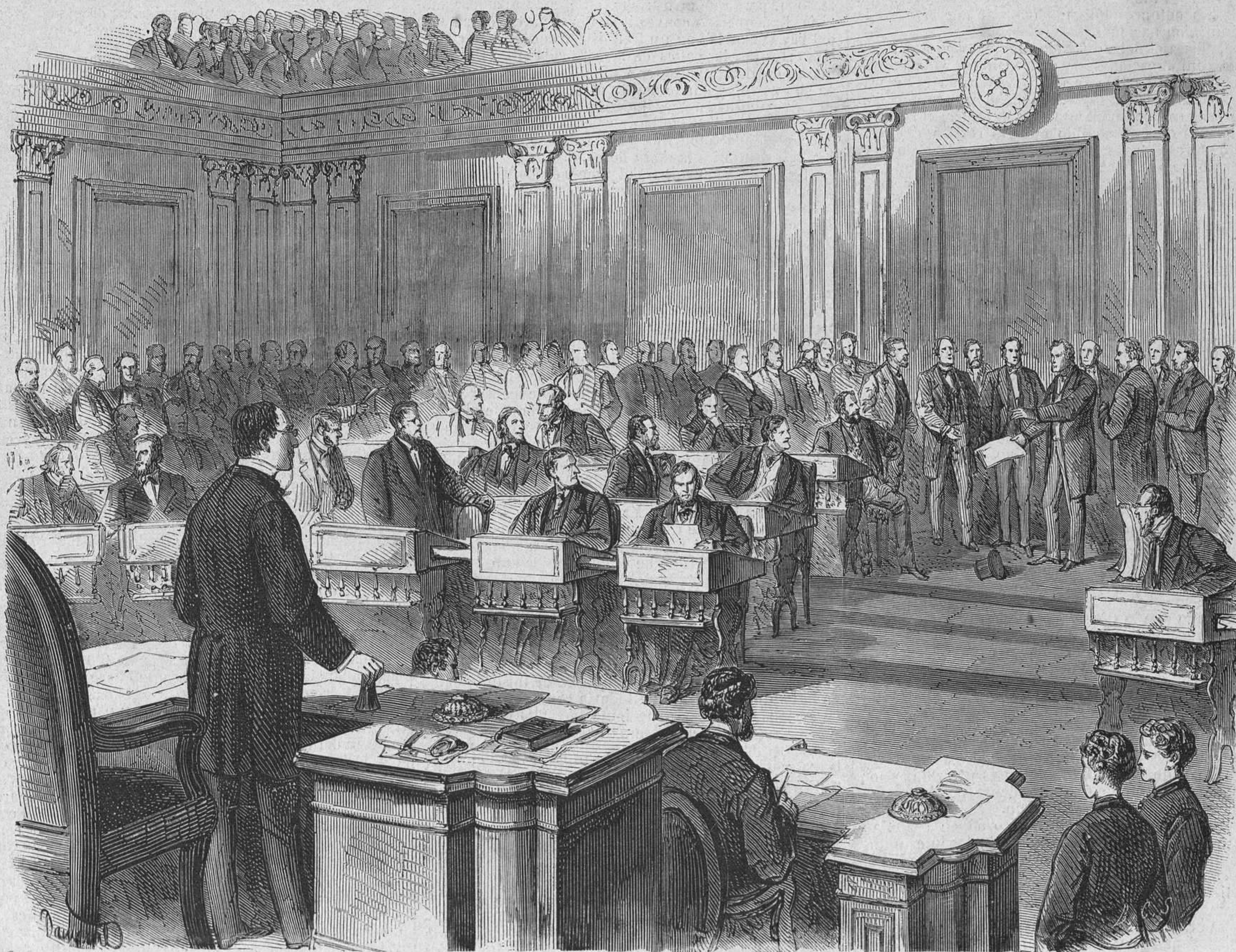
Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

Acontecimientos de América; grabado. — Goya: Noticias biográficas. — El ferro-carril del Pacifico; grabados. — In-

cendio del palacio del príncipe Satsuma en Yeddo; grabado. — Revista de Paris. — Las Vestales. — Sucesos del Japon; grabados. — El Joven ermitaño. — Funerales de Manin; grabados. — Debe y haber, novela escrita en alemán por

Gustavo Freitag. — Problemas de ajedrez; grabado. — Ambrosio Thomas; grabado. — Baile dado á Su Alteza el vi- rey de Egipto en Alejandria; grabados.



ESTADOS UNIDOS. — Lectura del acta de acusacion del presidente Johnson en la barra del Senado, en Washington.

Acontecimientos de América.

ACUSACION CONTRA EL PRESIDENTE JOHNSON.

Las correspondencias de América nos traen con el dibujo que publicamos interesantes pormenores, sobre el proceso formado contra el presidente de los Estados Unidos, y de ellas tomamos los siguientes datos:

La acusación se presentó el 22, y el 24 la comisión de reconstrucción, á cuyo exámen se habia sometido el asunto, daba su dictámen. El presidente de la misma, el celeberrimo Tadeo Stevens, llevó la palabra, y fundándose en el decreto del presidente que separaba á Stanton, dedujo que este acto constituía una infracción á la ley, y en vista de ella y de los demás datos que la comisión tenia á la vista, opinaba que Andrés Johnson, presidente de los Estados Unidos, debía ser decretado de acusación como culpable de altos crímenes y demasías (high crimes and misdemeanors).

Abrióse en seguida la discusión, tomando el primero parte en ella M. Brooks, diputado de Nueva York, cuyo templado discurso fué una razonada impugnación de la medida revolucionaria que se queria adoptar, y la demostración mas completa de que no el interés público, sino un interés de partido impulsaba á la mayoría á dar tan deplorable escándalo.

Un individuo de la comisión, M. Bingham, se levantó á rebatir los argumentos de M. Brooks, y declamó largamente sobre lo que llamó agresiones del presidente contra el Congreso. Este representaba, dijo, á la nación, y oponerse á sus resoluciones equivalía á desconocer la soberanía nacional.

Otro individuo de la misma comisión siguió al preopinante, y aunque las formas de su oratoria eran rudas, habló con elocuencia y defendió calorosamente á su partido. No podemos consentir, dijo, que el presidente ponga por ministro de la Guerra á quien se le antoje, porque podría hacer mal uso del ejército y envolvernos en otra guerra civil. El presidente no es mas que el ejecutor de las medidas que vota el Congreso, y cuando las resiste, preciso es reducirlo á la impotencia.

Todavía estuvo mas apasionado y violento M. Kelly, diputado de Pensilvania. Vamos á juzgar, dijo, al mayor criminal del siglo, al hombre que durante dos años no ha cesado de conspirar contra la república. Es urgente lanzar cuanto antes al usurpador del puesto que ocupa. Lincoln fué asesinado, Grant pudiera serlo, y no tendríamos entonces quien oponer al enemigo de la representación nacional.

Suspendiase el debate á cada momento para dar lectura de comunicaciones de gobernadores y de autoridades adictos al partido en varios Estados de la federación, y comunicaciones que, sea dicho de paso, recibían en aquellos mismos momentos su contradicción en otras exposiciones que en sentido opuesto recibía el presidente de otros Estados y corporaciones de la Union.

A las doce de la noche se suspendió la discusión para ser continuada á la mañana del día siguiente, cuando despues de cuatro horas de un debate monopolizado por los oradores de la mayoría, la Cámara procedió á votar. De los 188 individuos de que se compone, 15 se hallaban ausentes, y de los 173 presentes 125 dieron su voto en pro de la acusación y 47 en contra.

El acto fué sumamente imponente, pues se observó durante toda la votación un silencio no muy frecuente en la Cámara, y el inmenso número de espectadores que llenaba las galerías, aumentaba la solemnidad de una escena cuyo carácter impresionaba vivamente el ánimo, tanto de los actores como de los que de ella eran testigos.

La comisión acusadora nombrada por el Congreso, y compuesta de Stevens y Bingham, se presentó el 25 de febrero en la barra del Senado, y llevando el primero la palabra se dirigió en estos términos al presidente de dicho cuerpo:

« Señor presidente :

En cumplimiento de las órdenes de la Cámara de representantes y en su nombre, comparecemos ante el Senado y acusamos á Andrés Johnson, presidente de los Estados Unidos, de altos crímenes y demasías en el desempeño de su cargo. Además ponemos en conocimiento del Senado que la Cámara se reserva presentar á su tiempo cargos especiales contra el acusado, á cuyo efecto pedimos al Senado ordene la comparecencia de Andrés Johnson. »

A esta notificación contestó M. Wade, presidente del Senado, que se proveería, y en efecto acto continuo se nombró la comisión que debe entender en el asunto, y que se compone de los senadores radicales Howard, Pomeroy, Trumbull, Coukling, Edmuns y Morton, y por bien parecer la completó el presidente nombrando al senador demócrata Reverdy Johnson.

La Cámara de representantes acordó en seguida: 1º que no se admitan mociones incidentales interin duren los procedimientos de la acusación; 2º limitando el debate sobre ellos á una sola sesión, y á quince minutos el tiempo que á lo mas deban durar los discursos de los oradores.

Nuestro grabado reproduce el aspecto del salón de sesiones del Senado en el momento en que M. Stevens lee á nombre del Congreso, el mensaje que concluye

en pró de la acusación del presidente. Esta escena solemne no es mas que el primer episodio del drama que va á desarrollarse en Washington, y cuyas peripecias representará el *Correo de Ultramar* oportunamente.

L. B.

Goya (1).

NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

Señor director:

Muy señor mio y amigo: interin concluyo el suplemento á los Apuntes histórico-biográficos acerca de la Escuela aragonesa de pintura, que di á la prensa en 1863, y toda vez que en diferentes artículos y libros recientemente publicados en Paris, se han cometido involuntariamente por falta de datos, varios errores respecto á la vida de nuestro inmortal don Francisco Goya y Lucientes, remito á Vd. para su inserción en el ilustrado periódico que dirige, las siguientes noticias referentes al citado pintor aragonés, recogidas parte en mi reciente excursión á Fuendetodos, y parte sacadas de los documentos que originales poseo.

Varios son, como Vd. sabe, los escritores extranjeros que desde 1834 vienen escribiendo acerca de Goya; pero como quiera se advierta en todos estos trabajos, carencia de noticias, inexactitud en las fechas y en las citas, y hasta suposiciones calumniosas, me ha parecido era cumplir con un deber de patriotismo, y hasta podría hacer un obsequio á la historia de las Bellas Artes en España, publicando por ahora estos verídicos, aunque breves apuntes, relativos al original y exclusivo pintor que tan preferente lugar tiene y ocupará siempre en la historia general de la pintura, y cuyas obras se disputan los museos y las galerías de particulares.

Mis aspiraciones al haber de tratar de este genio sublime y pensador, no son otras que las de que este trabajo que puede llamarse tributo de familia, sea la narración verídica, desde 1775 hasta 1801, de todas las noticias relativas á la vida del pintor Goya; y al propio tiempo una refutación apoyada en documentos originales de la novelesca historia, escrita por autores de talento sí, pero que arrastrados en alas de una loca fantasía, han querido convertir á Goya, pintor de cámara del rey Carlos IV, en un frondista francés, desfaciendo entuertos por las calles de la coronada villa, tizona en mano, escalando balcones y admitiendo damas tapadas en su cuarto, y dando asaltos al aire libre no obstante su casaca bordada. Y seducidos por el falso brillo de la escuela racionalista, lo han presentado como un escéptico, que dudaba de Dios y de sí mismo, y no hubiera rendido culto ni á la *diosa Razon*.

Que la tradición vulgar del pueblo de Madrid, descrito por don Ramon de la Cruz y por Castillo, haya conservado de Goya, debido á su genio fuerte y carácter independiente, ciertas anécdotas picantes; que sus diferentes lienzos, de género ó de costumbres, sirvan de apoyo para creer que participó de las nuevas ideas anunciadas en España por algunos elevados personajes, no son razones bastantes para asegurar que Goya vivió desde la edad de catorce años tanto en su pueblo como en Zaragoza, Roma y Madrid, perseguido por la justicia como autor de varias muertes, huyendo de la inquisición, desafiando la sociedad entera, errante por España mezclado con los foreros y en oposición abierta con las costumbres españolas y modo de pensar de su tiempo. Y finalmente, no es dado el creer que el hombre que habia nacido en la católica España, y en su correspondencia íntima invocaba siempre á Dios y á la Virgen del Pilar, murió impenitente, no obstante haber sido llevado su cadáver á la Iglesia católica y hallarse enterrado en sagrado, tal vez por mera fórmula como quiere dar á entender M. Matheron.

La vindicación de Goya era de justicia, y como el silencio daba lugar á pensar, podía ser exacto todo lo referido, hé aquí por qué he creído tambien un deber de pura justicia y de españolismo el no demorar por mas tiempo la publicación de los datos que poseo.

Don Francisco de Goya, como él se firmaba algunas veces, nació en Fuendetodos el día 30 de marzo de 1746, y no el 31 de marzo de 1756, en la casa señalada hoy con el número 18 de la calle de la Alfondiga, sita en el barrio bajo, propiedad con otra en el mismo pueblo de la familia de Goya, que todavía conserva el apellido de Mozata, y que perteneciente hoy al Excelentísimo señor conde de Fuentes, se halla convertida en posada. Fué bautizado al día siguiente, y la partida que lo confirma, copiada á la letra de los libros parroquiales, y con la propia ortografía que tiene el original, dice así:

(1) Principiamos á dar en el número de hoy el importante trabajo que el señor don Francisco Zapater acaba de escribir y publicar en el periódico la *Perseverancia*, vindicando el nombre del ilustre pintor aragonés don Francisco Goya. Los minuciosos detalles que contiene, y la circunstancia de publicarlos una persona tan competente como el señor Zapater, que ya lleva dados á la estampa otros trabajos de la índole del presente, nos hacen confiar en que serán leídos con interés por nuestros suscritores.

« En treinta y uno de Marzo de mil setecientos cuarenta y seis, Bautice yo el infrascripto Vic.º un Niño que nació el día antecedente inmediato, hijo legítimo de Jph Goya y de Gracia Lucientes legitim.º casados habitantes en esta Parroquia y vecinos de Zaragoza: legítim.º se le puso por nombre *Francisco Joseph Goya*: fué su madrina Francisca Grasa de esta parroquia, á la qual advertí el parentesco espiritual que abia contraído con el Bautizado y la obligacion de enseñarle la doctrina Chistiana en defecto de sus Padres y por la verdad hago y firmo la Presente en fuendetodos dho día mes y año ut supra etc. Licenciado Jph Ximeno, Vic.º »

Sus padres eran labradores, y el apellido materno Lucientes de reconocida hidalguía, como consta del árbol genealógico, que hubo de hacer sacar Goya cuando su nombramiento de pintor de cámara. Tuvo este matrimonio varios hijos, entre ellos *Thomas*, que fué dorador en un principio, y trabajó en el retablo de Nuestra Señora de los Dolores, que da frente al altar de las reliquias en la iglesia parroquial; *Camilo*, que se hizo eclesiástico, y *Rita*, que fué casada y vivía en Zaragoza.

Goya permaneció en su pueblo natal, ayudando á sus padres hasta el año 1759 ó 1760, fecha en la que viendo estos su mucha disposición para la pintura, y aconsejados prudentemente, determinaron pasase á Zaragoza á perfeccionarse en tan noble arte.

Esta época de 1746 hasta 1760, es á la que M. Charles Iriarte deberá referirse cuando dice en un artículo publicado en el *Moniteur*, é inserto en el número 26 de la *Revista de Bellas-Artes*, correspondiente al 31 de marzo último. « La juventud de Goya fué agitada y borrascosa; llena de lances y de amorosas locuras. Llevado de su inclinación á las aventuras y de su genio pendenciero, á los diez y ocho años tuvo que abandonar la ciudad nativa, despues de una sangrienta contienda en que quedaron tres hombres tendidos en el campo de la lucha. Su familia le ocultó por algun tiempo proporcionándole despues los medios para marchar á Madrid, etc. » y que M. L. Matheron lo traslada á Zaragoza, si bien quitándole el sabor galante y revistiendo la aventura de cierto carácter guerrero, recuerdo de la edad media, y haciendo aparecer esa lucha que hubo en la ciudad entre las dos parroquias labradoras alta y baja de San Pablo y la Magdalena, unida á esta la de San Miguel, que dió márgen hasta hace algunos años para encuentros nocturnos y sangrientos, y no entre las de San Luis, que no ha existido, y la de Nuestra Señora del Pilar.

Quien conozca las condiciones del pequeño lugar de Fuendetodos, que hoy tiene 120 vecinos, que carece, á pesar de lo que dicen los escritores extranjeros citados, de río, de vega, de montes poblados de pinos, y hasta de zagalas poéticas, y cuya vida y movimiento económico se reduce á las faenas agrícolas y á la pequeña industria que proporciona á sus habitantes los pozos para encerrar el hielo, comprenderán la imposibilidad de que ese pequeño recinto pudiera ser ancho palenque de tales aventuras: mayormente en la primera mitad del siglo XVIII, y siendo residencia entonces Fuendetodos de las solariegas familias de los *Salvadores*, *Grasas*, *Aznarez*, *Lucientes*, etc., cuyos escudos de armas se ostentan todavía, aunque mutilados, en las fachadas y sobre los portales de las casas. Además, ¿era la edad de trece años hábil en aquella época y costumbres para aventuras galantes en un jóven hijo de padres labradores y con escasos medios de fortuna?

En el lugar de Fuendetodos se conserva viva la memoria de Goya, á pesar de la reciente muerte de la nieta de Tomás Goya, que como persona tan allegada á la familia, reunía mayores noticias. Existen aun hoy día cuatro personas que conocieron á Goya en el pueblo, y que por su edad podían recordar haber oído contar á sus padres la referida escena, y hasta se conserva un diario, en el que varios individuos de una misma familia han tenido la curiosidad de apuntar los sucesos del lugar durante el trascurso de un siglo. Pues bien, ni Cenon Grasa, anciano de setenta y seis años, y cuyo abuelo fué amigo de Goya, ni su mujer, de edad de setenta, ni Tomás Cortés, primo hermano del primero, y que cuenta setenta y tres cumplidos, recuerdan la galante y mortífera contienda, que terminó con la ocultación y fuga de Goya de la casa paterna; con el encuentro obligado de un fraile y nómade viaje hasta Madrid. Episodios manoseados y que nunca faltan en toda impresión de viaje escrita en Francia.

Refieren sí, estos ancianos, que Goya era travieso é inquieto cuando chico; que borroneaba figuras, y que pintó en la capilla de las Reliquias unos cortinajes al fresco, y despues al oleo, en las puertas del retablo, la venida de la Virgen del Pilar, que en 1808, mientras su permanencia en el lugar, durante el segundo sitio que sufrió Zaragoza, era sordo y le hablaba por señas un criado que trajo, haciendo uso de un abecedario que todavía imitan. Mencionan tambien que al ver Goya la pintura del mencionado altar, exclamó: « No digais que eso lo he pintado yo; » pero ninguna memoria hacen estos modestos aunque exactos testigos de un acontecimiento que debió haber dejado huella en el lugar, y contestes se hallan en asegurar que Goya dejó á Fuendetodos, porque en él nada podía aprender ya como pintor.

Goya, durante su permanencia de seis años en la capital de Aragon, estudió bajo la dirección del pintor entonces en boga hasta por su nacimiento, don José Luzan y Martínez, asistiendo además á la escuela pública de dibujo, fundada por el escultor don Juan Ramirez en 1714, sostenida despues por el celo de varios ilustrados aragoneses, y elevada, debido á los esfuerzos de la Real

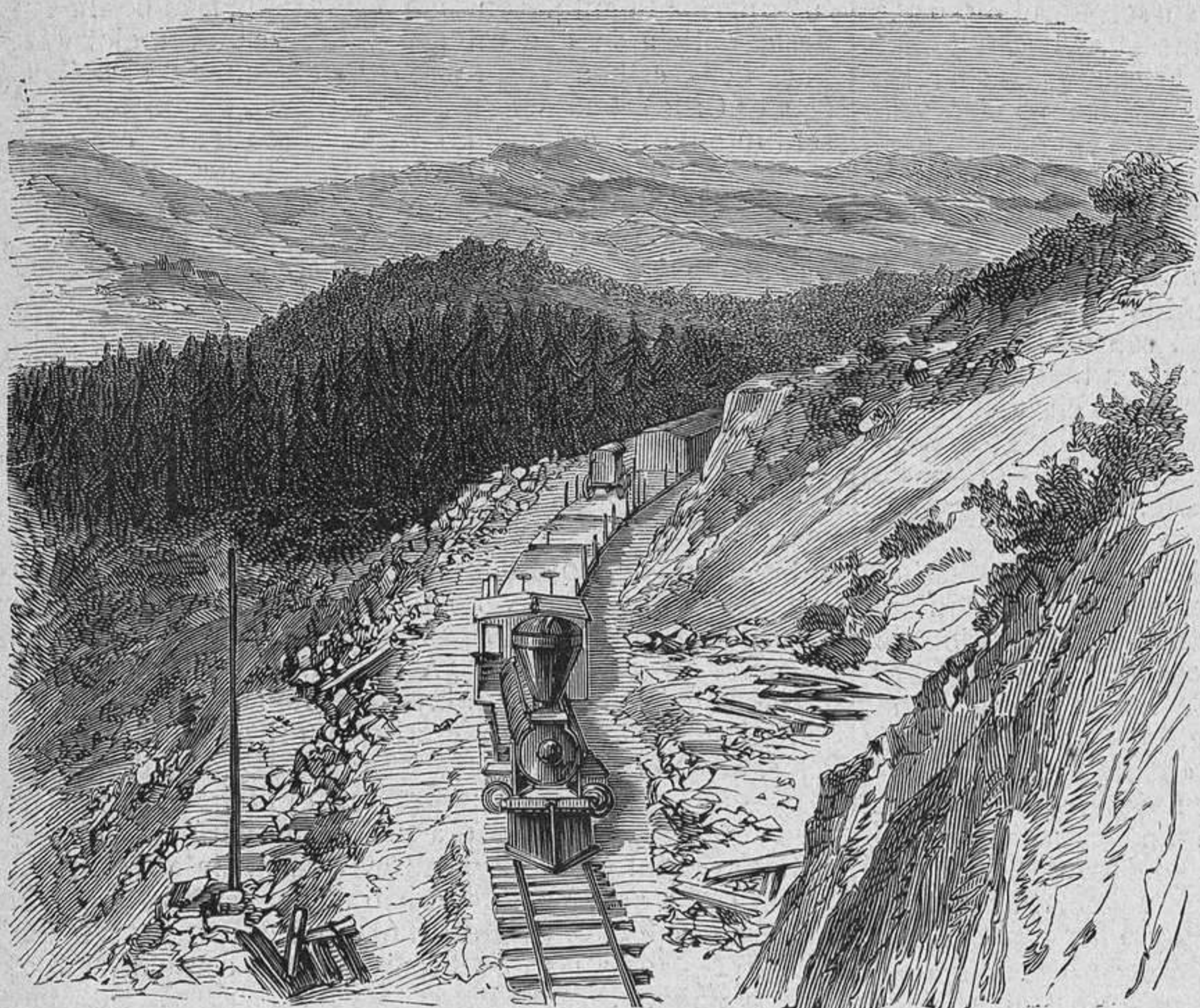
sociedades en su respectivo imperio; y se ha resuelto que cada compañía continúe las obras hasta que se encuentre con su rival. La primera que llegue tomará posesion de la subvencion federal y de los centenares de hectáreas de tierra que concede el gobierno por cada kilómetro de rail. Así, puede decirse que la inmensa extension de pais que separa á la California del Colorado es un terreno abierto á una competencia de una clase muy particular. A los legisladores de una nacion jóven y vigorosa, realmente dueña de sus destinos, correspondia organizar esa competencia entre los dos principales ferro-carriles del mundo.

En Cisco encuentran ya los viajeros no solo la via, sino diversas correspondencias cuya existencia provoca forzosamente la explotacion de un ferro-carril, aun en medio de un pais montuoso y desierto. Hemos tratado de dar una idea del pintoresco espectáculo que ofrece la mezcla de los an-



Ferro-carril del Pacífico. — Aspecto del Pico Americano en la primavera.

tiguos medios de transporte casi bárbaros, y de las máquinas de vapor mas perfeccionadas que se conocen. Esos bueyes indolentes, completan la obra de la locomotora. ¡Qué contraste! Mas tiempo se necesita hoy para trasportar un fardo á veinte leguas de distancia, que en breve se necesitará para cruzar el continente americano de parte á parte. Sin tener que recorrer largo tiempo la linea explotada por la compañía californiana, se echa de ver que ya se ha entrado en una region nueva. Los obreros chinos ocupados en las obras de la via, indican desde luego la aproximacion del Asia, cuyo camino directo debe abrir el gran ferro-carril. Efectivamente, en la China se han reclutado los operarios á quienes se debe la penosísima construccion de la linea que reúne á San Francisco con el gran túnel de Cisco. Sin los hijos del Celeste Imperio los ferro-carriles californianos quizás no existirian aun



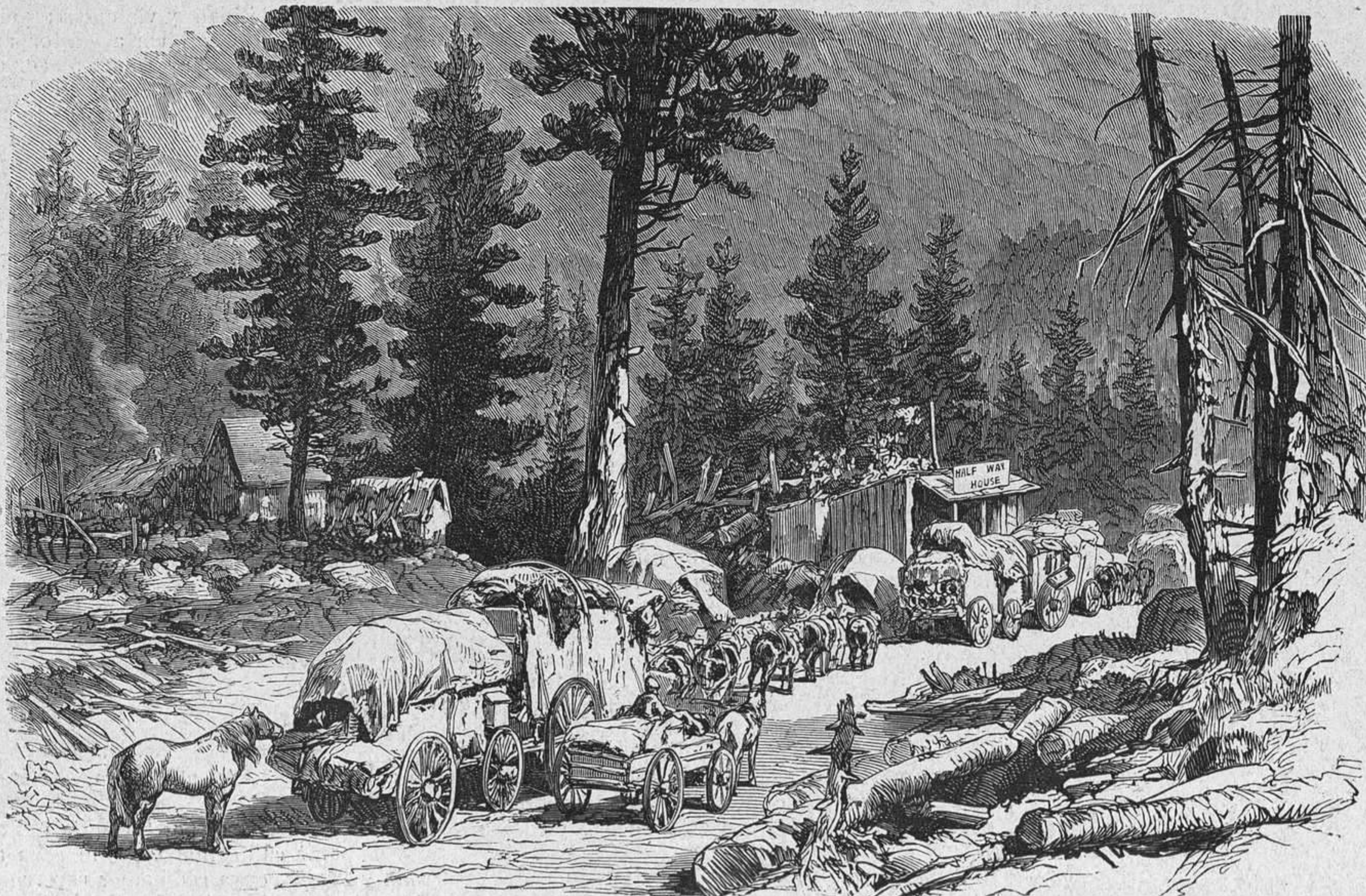
Rugged mountains.



Las techumbres para la nieve en Sierra Nevada.

mas que en proyecto, pues nó obstante la excesiva elevacion del salario, los obreros europeos ó americanos abandonan constantemente los talleres; basta el descubrimiento de una pepita, basta un cuento de mineros referido al calor del bivac, para que se esparzan por los montes en busca de un filon, que seguramente no hallarán, pero que les pone invenciblemente en movimiento.

Laboriosos, pacientes y dóciles, los chinos no conocen tales arrebatos de ambicion, y la problemática fortuna sobre las nubes de la sierra no ejerce bastante atractivo en estos prosáicos secretarios de Confucio, para que dejen un jornal seguro. Los chinos prefieren á todo un salario constante, que al cabo de un tiempo determinado, les pone en



Un convoy de carretas, cerca de Cisco.

posicion de volverse á orillas del rio Amarillo, á la sombra de alguna torre de porcelana. Llegan por cuadrillas con un jefe que habla pasablemente el inglés para que le entiendan los bárbaros y que sirve de contra-maestre para transmitir las órdenes y repartir la tarea. Los obreros ordinarios chapurrean una horrible mezcolanza; pero no hablemos mal de este dialecto mixto á cuyo beneficio la vanguardia de una poblacion de 400 millones de hombres se pone en contacto con nuestro mundo.

Hablemos mas bien del magnífico paisaje que reproduce uno de nuestros grabados. De la tierra brota una vegetacion tan lozana, que quiere uno mil veces olvidar el camino de hierro cuando sale del tren, para emprender una ex-

Sociedad Económica aragonesa, á Real Academia por cédula de S. M. de 17 de abril de 1792.

Pudo muy bien ser que Goya dejara la capital de Aragón por evitar la persecucion de la justicia y no de la Inquisicion, como dicen los escritores extranjerios; pero pudo tambien suceder que su traslacion á Madrid, la motivase el afan de perfeccionarse en la coronada villa, al lado de Bayeu y otros artistas, y excitado además por el deseo que animaba entonces á muchos jóvenes aragoneses de pasar á la corte á buscar fortuna bajo la proteccion de los condes de Aranda, de Ricla, de don Manuel Roda, Asanza, etc., cuyo influjo y poder eran grandes en palacio, y protegian como jefes lo que se denominó partido aragonés á toda la colonia de su país: y de la que formaban parte los dos Bayeu, Beraton, el escultor Adán, el platero Martínez y otros. Ningun dato aclaratorio poseo para fijar este extremo, razon por la que despues de lo expresado, no emitiré juicio alguno.

Ignoro la fecha de la salida de Goya para Roma, y solo puedo afirmar que en 1775 se hallaba ya de regreso en Madrid: puesto que en 6 de setiembre escribia á su mejor amigo y protector el señor don Martin Zapater y Claveria lo siguiente:

« Me alegro q.º te dibieras y q.º bisites á Francisco (este era Bayeu.) Ya quedo enterado de todo lo que dices en cuanto á la obra, y sera mejor que no se piense mas: te doy grac.ºs y no tengo tiempo para mas que decirte que aqui tengo el S.º Cristobal y que al reberso te haré la Dolorosa y manda á tu Amigo de corazon.— Fran.º Goya. »

En 1777 aparece ya casado con Josefa Bayeu, y padre en 22 de enero de un guapo muchacho como él mismo dice, y *dibiertete bien con los campicos*, añade á su amigo Zapater, « que no falta quien se estara escribiendo y lleno de pesadumbres deseando lo mismo. »

En abril del mismo año, Goya pintaba ya con mas *aceptacion*, expresion suya. Y convaliente de una grave enfermedad, decia á su amigo. « Infinitas gracias y muchas mas por las expresiones de amistad que te merezco y no dudes que si abia de cansar á alguno, seria á ti, pero g.º á Dios tengo y con esperanzas de tener como te insinué campicos. Pues amigo ya estoy bueno gracias á Dios que me he escapado de buena, etc. »

En 1778 grabó un *Juego de las Obras de Velazquez que ya sabrás que tiene el Rey*, le decia, y que remitió á Zaragoza junto con un borron que tenia antiguo (1) y que por inútil dice se quedó cuando Sabatini se echó sobre unos guapos borrones que habia pintado, y que el mismo Goya calificaba de buenos.

Aislado vivió Goya en Madrid hasta 1779, en cuyo año, tuvo ocasion de presentarse en palacio, y lo refiere del modo siguiente en carta de 9 de enero.

« Si estuviera mas despacio te contaria lo que me onrró el Rey y el Principe y la princesa que por la gracia de Dios me proporcionó el enseñarlas cuatro cuadros, y les besé la mano que aun no abia tenido tanta dicha jamás, y te digo que no podia desear mas en cuanto á gustarles mis obras, segun el gusto que tubieron de berlas y las satisfacciones que logré con el Rey y mucho mas con sus Altezas. Y despues con toda la grandeza gracias á Dios, que yo no merecia ni mis obras lo que logré. Pero chiquito campicos y buena vida, nadie me sacará de esta opinion y mas que aora empiezo á tener enemigos mayores y con mayor encono. »

Popularizado el pincel de Goya con sus borrones de toros y cuadros de costumbres, y varios retratos, disponiendo de un capital de 5,000 pesos, fruto de su trabajo, el cual deseaba emplear y que *trabajará*, y conocido de la familia real, la Academia de San Fernando, admitió en su seno al ya celebrado pintor, nombrándole académico en 7 de mayo de 1780.

Dice M. Laurent Matheron respecto de este nombramiento, que dicha gracia fué la recompensa de un crucifijo y otro lienzo de grandes dimensiones que Goya pintó para la iglesia de San Francisco el Grande, obras ambas declaradas magistrales y que habian impresionado favorablemente al público y á la Academia: y añade que á esta misma época pertenecen entre otras obras, el cuadro de la familia del infante don Luis, y el retrato del ministro Floridablanca.

En ninguna de las varias cartas escritas en 1780 á su amigo don Martin Zapater, hace mencion Goya de las tres obras referidas: y no podia hacerlo, puesto que las ejecutó con posterioridad á la mencionada fecha.

En 25 de julio de 1781 decia Goya: « Amigo, llegó el tiempo de el mayor empeño en la pintura que se á ofrecido en Madrid, y es que á competencia á determinando S. M. que se agan los quadros para la iglesia de San Francisco el Grande de esta Corte, y se á dignado el nombrarme á mi, cuya carta orn. el Ministro se la embia oy á Coicochea para que la enseñe á esos biles que tanto an desconfiado de mi merito y tu la llevaras adonde conozcas que as de acer fuerza que ay molibo para ello, pues Bayeu el grande aze tambien su cuadro, Maella tambien ace el suyo y los demas pintores de camara tambien hacen: en fin esto es una competencia formal, pues parece que Dios se á acordado de mi, y tengo esperanzas de que sea todo en felices resultas des-

(1) Dicho borron que poseo, y ha calificado el señor Haess, representa un baile en la ronda. En el fondo se destaca el templo de San Francisco el Grande.

pues de echas las obras. El tamaño del quadro es nuebe baras castellanas de alto y la mitad de ancho, es tamaño natural. — Como tan interesado en mi bien tu sabras el uso que debes hacer de esta noticia, y los porrazos que puedes dar, de q.º de Ramon nadie se acuerda, etc. »

Y no es esta la única carta en que habla de este cuadro. En 29 de agosto, 6 y 20 de octubre de 1781, volvia á repetir: « Trabajo en el borron de S. Fran.º » « Quedo en avisarte las nobedades del quadro sin reserbar nada aunq.º sea contra mí, pues una vez q.º tu y yo somos uno nos callaremos lo q.º aya q.º callar. » « Biene el tiempo de las tordas q.º sino fuera por el quadro de S.º Fran.º no habia de reparar dichos ni michos. » Duró la obra hasta enero de 1783, en cuya fecha este lienzo y los ejecutados por los demás pintores, se colocaron tapados en la iglesia de San Francisco el Grande, esperando el dia designado para que la corte los viese, y *asta entonces*, dice Goya, *nada corre mi caballo*.

El retrato del ministro Floridablanca, no lo empezó Goya hasta 1783, segun se lee en dos cartas de 22 de enero y 26 de abril, en las que dice: « Aunq.º me á encargado el Conde Florida Blanca q.º no diga nada, lo sabe mi mujer y quiero q.º tu lo sepas solo, y es q.º le he de acer su retrato cosa q.º me puede valer mucho. a este S.º le debo tanto q.º esta tarde me á estado con su S.º dos oras despues q.º á comido q.º á benido á comer á Madd. etc. » — En esta jornada he hecho la cabeza p.º el retrato del S.º Monino, en su presencia, y me á salido muy parecido y esta muy contento, ya te escribiré lo q.º resulte. »

El cuadro de la familia del infante don Luis lo ejecutó Goya en 1783.

Hé aquí como lo refiere en carta de 20 de setiembre:

« Acabo de llegar de Arenas y muy cansado. Su Alteza me á echo mil onores he echo su retrato el de su S.º y niño y niña con un aplauso inesperado por haber hido ya otros pintores y no aber acertado á esto: He salido dos becas á caza con su Alt.º y tira muy bien y la ultima tarde me dijo sobre tirar á un conejo este pintamonas aun es mas aficionado q.º yo. E estado un mes continuamente con estos S.ºs y son unos angeles, me an regalado mil duros y una bata p.º mi mujer toda de plata y oro q.º bale treinta mil reales, segun me dijeron allí los guarda ropas. Y an sentido tanto q.º me aya hido q.º no se podian despedir del sentim.º y con las condiciones q.º abia de bolber lo menos todos los años. »

» Si te pudiera yo decir por menor las circunstancias y lo q.º allí á ocurrido se q.º tendrias mucho gozo pero no puedo: estoy rebentado del coche q.º p.º orden de S. A.º me an traído muy de prisa etc. »

Como se ve, otras obras, y no las que cita M. Matheron, fueron la causa del nombramiento de académico.

Goya fué designado en 1780 para pintar en union de Bayeu, varios de los frescos del templo de Nuestra Señora del Pilar, pues segun carta de 10 de mayo, en la que aparecen fijados los plazos y el tanto, decia Goya á propósito de su viaje á Zaragoza: « Para mi casa no necesito de muchos muebles, pues me parece que con una estampa de N.º S.ºa del Pilar, una mesa, cinco sillas, una sarten una bota y un triple asador y candil, todo lo demas es superfluo. » Y pensando el artista en su mujer, continuaba en otra carta de 9 de agosto: « Mi mujer te lo estima infinito y me encarga q.º te diga q.º como es la sepultura de las mujeres la casa, q.º le parece el paraje triste, pero te repito q.º si conoces q.º es del caso lo agas. » En el 23 del mismo agosto decia Goya: « Ya á parido la Pepa, grac.ºs á Dios un muchacho muy guapo. Conq.º nos beremos mas presto de lo q.º pensaba. »

En efecto, Goya salió para Zaragoza en el mes de octubre de 1780, y en dicha ciudad permaneció hasta el mes de junio de 1781.

Durante este período es cuando Goya ejecutó los frescos que todavia subsisten en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, no sin que esta obra diera motivo á serios altercados y hasta mediaran cartas y representaciones por parte de Goya y del cabildo. Pretendia la junta de obras, á la cual los bocetos presentados el 10 de marzo de 1781 no habian gustado, segun decia el canónigo don Mathias Allué en carta de 11 de marzo, los sujetase el artista aragonés al exámen de Bayeu, y este se resistia apoyado en que solo la Real Academia de San Fernando era la competente y no otro pintor que en títulos y categoria era igual á él. Tomaron parte en la cuestion personas influyentes en la ciudad, interesóse el cabildo que era quien los habia mandado ejecutar y dado las medidas: pero ni unos ni otros pudieron entenderse, no obstante que Goya propuso para dar gusto á los señores de la junta y al señor Allué, el mejor medio era que por los mismos se le dijese los defectos que habian advertido en los bocetos de las pechinas *no obstante estar hechos segun arte*.

En tal estado la cuestion, fué cuando medió el padre Fr. Félix Salcedo, prior que habia sido de la Cartuja de Aula Dei, íntimo amigo de Bayeu y sacerdote ilustrado, el que por medio de una muy notable carta, que original poseo, dirigida á Goya en 30 de marzo, terminó la contienda, sometiéndose este, segun carta de 6 de abril, á hacer nuevos bocetos para las pechinas, de acuerdo con su cuñado don Francisco Bayeu, y prevenida la aprobacion de este en los términos que los señores de la junta determinen.

Tan deferente sumision no dispó la atmósfera creada en contra de Goya por la envidia; así es que apenas terminados los frescos se apresuró á regresar á la corte

nada satisfecho, puesto que escribia el 4 de julio. « No me acuerdes esos sujetos que tantos disgustos me an causado, que aunque me á dado mucha risa tu aprension no quiero acordarme. » Y el 14 volvia á repetir: « El quadro lo are basta que tu me lo pides, y lo are lo antes que pueda p.º que quedes bien con tu palabra, pero cree que solamente tu amistad me lo ariá acer p.º q.º en acordarme de Zaragoza y pintura me quedo bibe. »

Entonces fué cuando la suerte proporcionó á Goya un justo desagravio, habiendo sido designado como queda dicho, para pintar uno de los cuadros de San Francisco el Grande, cuya órden era tan especial que Goya decia en 3 de agosto de 1781: « A los demas no se les á bajado la orden del quadro tan amplia como la mia, he bisto dos mas. »

La lucha que Goya tuvo que sostener en Zaragoza, con motivo de los bocetos para la iglesia del Pilar, fué causa de que los dolores que padecia se exacerbasen, así es que decia. « He estado muy apretado, Dios á querido alibiarme. »

En este mismo año de 1781, y preocupado Goya con la venida de la corte que habia de juzgar sus bocetos: « Aora vendra la Corte y beremos como parecen los borrones de los quadros de S.º Fran.º; » recibió la noticia de la muerte de su hermana Rita, y la funesta de que su padre se hallaba enfermo. En carta de 13 de noviembre desahogaba Goya su pena en el seno de la amistad, en los términos siguientes: « Martin mio. Mucho sentimiento me á causado la noticia de la hermana y la he encomendado á Dios; pero me ha consolado el juicio q.º tengo echo de q.º era muy buena y se abra allado buen pedazo de gloria, lo q.º nosotros q.º emos sido tan tunantes, necesitamos enmendar en el tiempo que nos queda. A ti no te faltan reflexiones, ni yo soy capaz con mi pluma, pues me considero muy debajo de tu superior talento. Tambien estoy aguardando la funesta noticia de que mi padre fallezca el mejor dia, pues me escriben da muy pocas esperanzas y el médico (q.º es Ortiz) tambien me lo á escrito: solo tengo el sentimiento de no poder estar ay para tener ese consuelo. — A Camilo lo estoy aguardando q.º ba á Toledo á ver si Dios quiere que salga cura y sino pensaremos de otro modo por aca q.º me an informado como me he de gobernar para que saque alguna cosa. »

Así escribia Goya al finar el año 1781; esto es, á la edad de treinta y cinco años: y de seguro que ni M. Matheron que conoció personalmente á Goya en Burdeos, ni M. Charles Iriarte, ilustrado biógrafo del pintor aragonés, podrán refutar estas las elocuentes palabras, invocaciones tan cristianas, que no son sino la repeticion de lo mismo que ya habia dicho cuando mas joven.

La gloria de Goya como espíritu elevado, su gloria tambien como pintor, no necesita para su mayor esplendor de esos accesorios innecesarios, de esas calificaciones no justificadas. ¿A qué alterar para retratar á un personaje, las costumbres españolas de cada siglo, parodiando lo que han escrito nuestros novelistas de los siglos XVI y XVII?

Que á Goya pueda comprender el dicho que refiere M. L. Matheron, de que era un contemporáneo de Benvenuto Cellini que habia sobrevivido al siglo XVI, nada dudoso es: aunque este juicio deba admitirse con la reserva propia del tipo español, que en ninguna época se ha prestado á las mistificaciones que caracterizan al artista italiano.

Los arranques del genio de Goya no obstante ser casado, súbdito y pintor de los reyes Carlos III y Carlos IV, confirman es verdad su independencia, y hasta su irritabilidad y violencia; pero no son datos suficientes para calificar al pintor aragonés como duelista de profesion por el mero placer de despachar á un prójimo; que era infiel á sus deberes de esposo y de padre, y que prevalido en sus fuerzas hercúleas y de su destreza en la esgrima, hollaba las leyes de una monarquía europea, quedando impune la falta, tal vez porque los tribunales no se atreverian á fallar, en aquellos tiempos, por temor los jueces de alguna estocada.

Durante los años de 1782 y 1783 Goya siguió trabajando, como queda dicho, en el cuadro de San Francisco, en el retrato del conde Floridablanca y ocupado en otros trabajos particulares, no obstante su poca aficion entonces á la pintura, y sobre lo cual decia á su amigo don Martin Zapater: « Pídele á la Virgen que me dé mas gana de trabajar. » Y siendo su distraccion favorita la caza, acerca de cuyo ejercicio hablaba en todas sus cartas, ora complacido ó contrariado, segun trata de sus expediciones casi diarias, ó recuerda el no estar en Zaragoza « para poder competir y corresponder á su amigo y para darle lo que necesitara y que no tuviera que aguantar nada de nadie y salir todos los dias á cazar, etc. »

(Se continuará.)

El ferro-carril del Pacífico.

(Continuacion. — Véase el N.º 795.)

Hémos aquí por fin en la red del *Central Pacific*, compañía californiana que marcha al encuentro del *Union Pacific*, cuya red hemos recorrido hasta este dia. El congreso de los Estados Unidos no ha querido trazar fronteras definitivas para encerrar á cada una de las dos

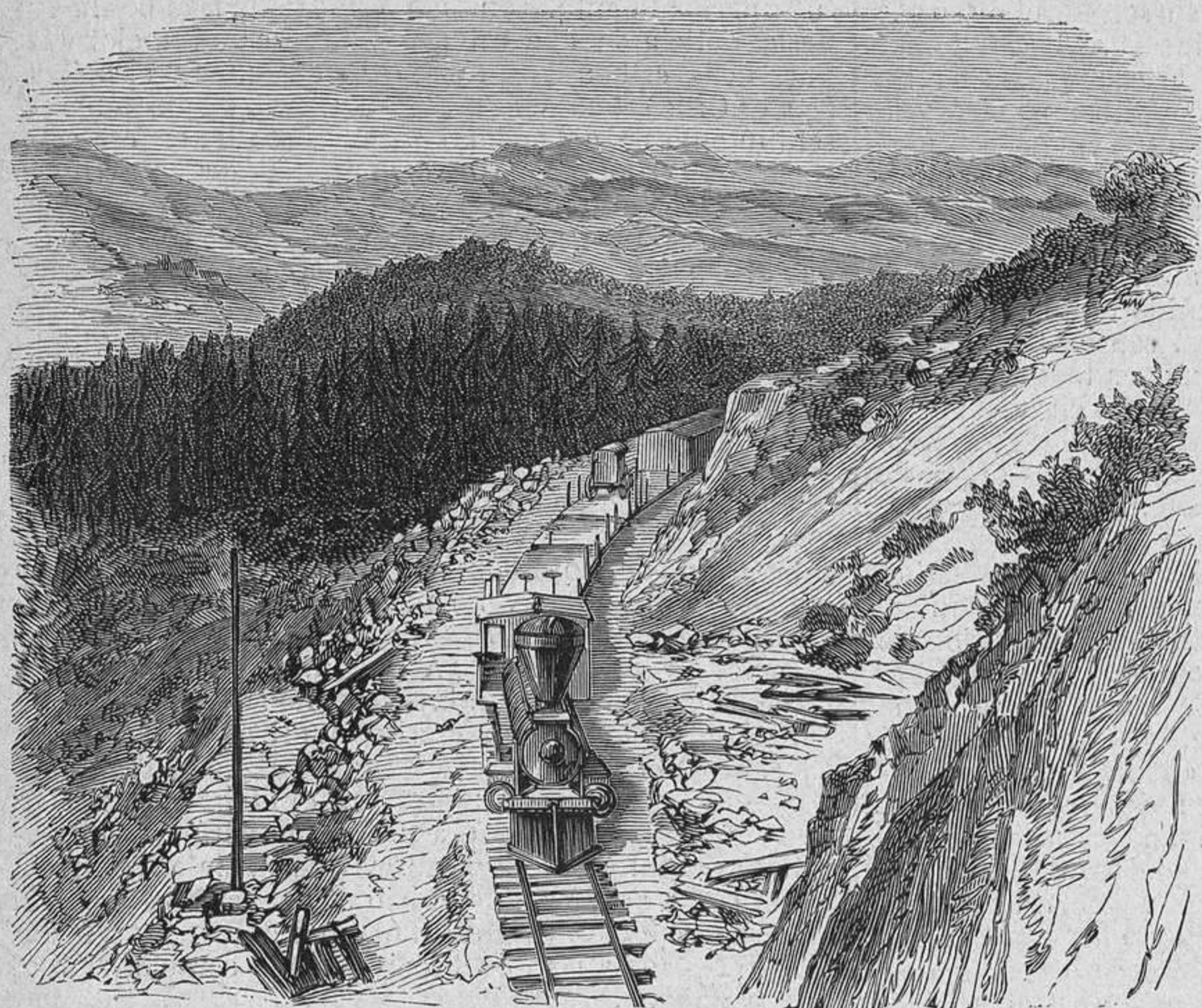
sociedades en su respectivo imperio; y se ha resuelto que cada compañía continúe las obras hasta que se encuentre con su rival. La primera que llegue tomará posesion de la subvencion federal y de los centenares de hectáreas de tierra que concede el gobierno por cada kilómetro de rail. Así, puede decirse que la inmensa extension de pais que separa á la California del Colorado es un terreno abierto á una competencia de una clase muy particular. A los legisladores de una nacion jóven y vigorosa, realmente dueña de sus destinos, correspondia organizar esa competencia entre los dos principales ferro-carriles del mundo.

En Cisco encuentran ya los viajeros no solo la via, sino diversas correspondencias cuya existencia provoca forzosamente la explotacion de un ferro-carril, aun en medio de un pais montuoso y desierto. Hemos tratado de dar una idea del pintoresco espectáculo que ofrece la mezcla de los an-



Ferro-carril del Pacífico. — Aspecto del Pico Americano en la primavera.

tiguos medios de transporte casi bárbaros, y de las máquinas de vapor mas perfeccionadas que se conocen. Esos bueyes indolentes, completan la obra de la locomotora. ¡Qué contraste! Mas tiempo se necesita hoy para trasportar un fardo á veinte leguas de distancia, que en breve se necesitará para cruzar el continente americano de parte á parte. Sin tener que recorrer largo tiempo la linea explotada por la compañía californiana, se echa de ver que ya se ha entrado en una region nueva. Los obreros chinos ocupados en las obras de la via, indican desde luego la aproximacion del Asia, cuyo camino directo debe abrir el gran ferro-carril. Efectivamente, en la China se han reclutado los operarios á quienes se debe la penosísima construccion de la linea que reúne á San Francisco con el gran túnel de Cisco. Sin los hijos del Celeste Imperio los ferro-carriles californianos quizás no existirian aun



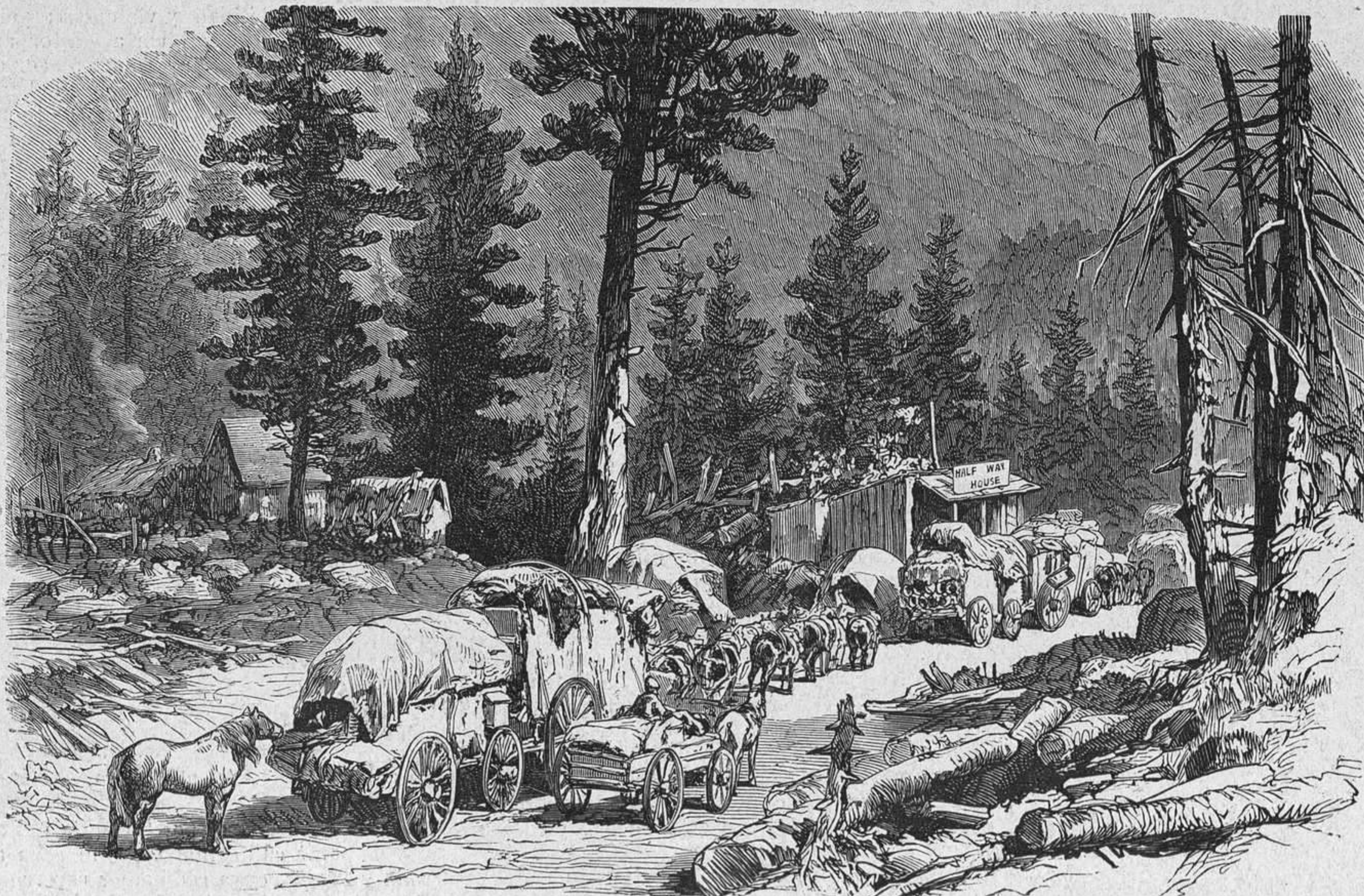
Rugged mountains.



Las techumbres para la nieve en Sierra Nevada.

mas que en proyecto, pues nó obstante la excesiva elevacion del salario, los obreros europeos ó americanos abandonan constantemente los talleres; basta el descubrimiento de una pepita, basta un cuento de mineros referido al calor del bivar, para que se esparzan por los montes en busca de un filon, que seguramente no hallarán, pero que les pone invenciblemente en movimiento.

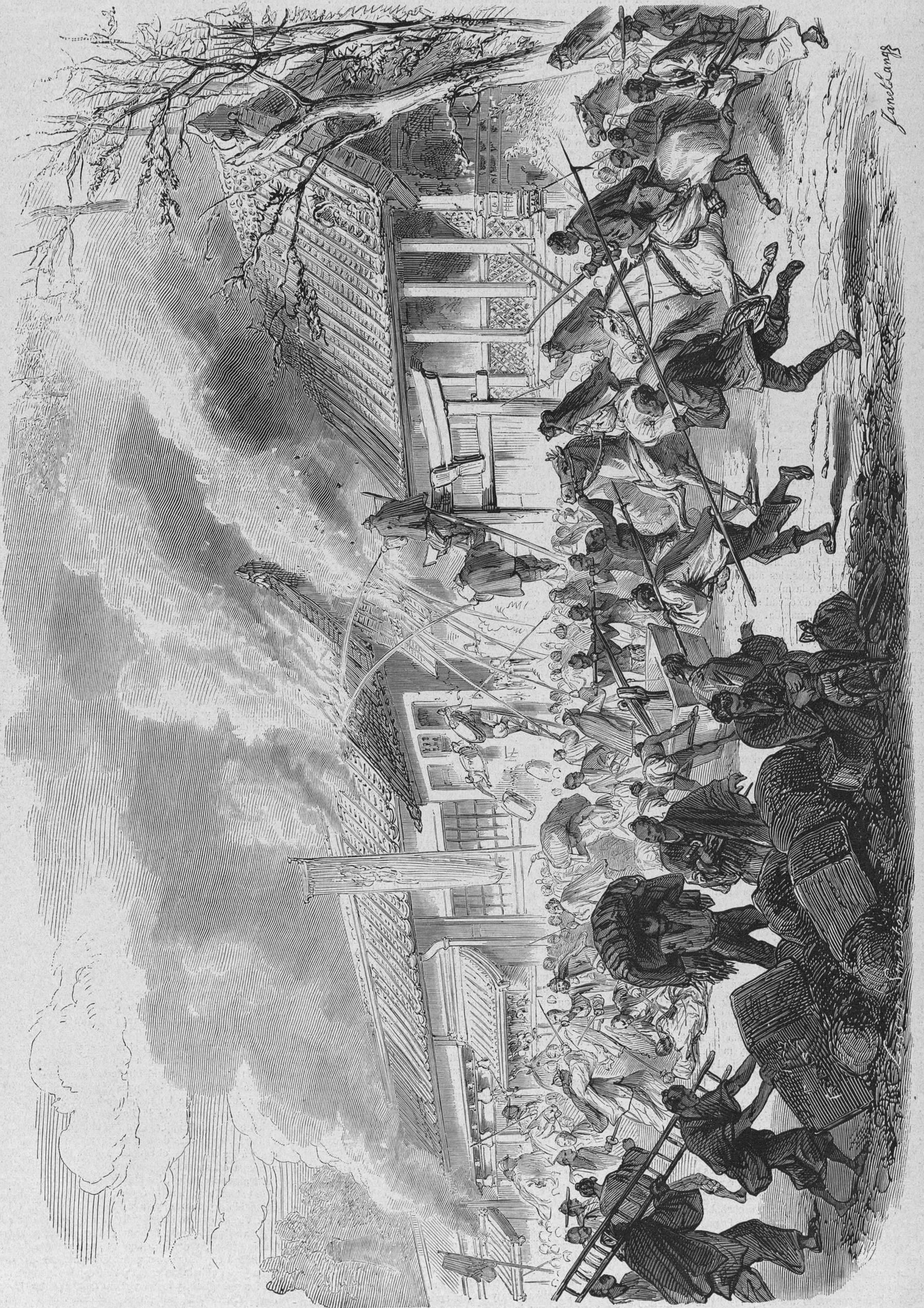
Laboriosos, pacientes y dóciles, los chinos no conocen tales arrebatos de ambicion, y la problemática fortuna sobre las nubes de la sierra no ejerce bastante atractivo en estos prosáicos secretarios de Confucio, para que dejen un jornal seguro. Los chinos prefieren á todo un salario constante, que al cabo de un tiempo determinado, les pone en



Un convoy de carretas, cerca de Cisco.

posicion de volverse á orillas del rio Amarillo, á la sombra de alguna torre de porcelana. Llegan por cuadrillas con un jefe que habla pasablemente el inglés para que le entiendan los bárbaros y que sirve de contra-maestre para transmitir las órdenes y repartir la tarea. Los obreros ordinarios chapurrean una horrible mezcolanza; pero no hablemos mal de este dialecto mixto á cuyo beneficio la vanguardia de una poblacion de 400 millones de hombres se pone en contacto con nuestro mundo.

Hablemos mas bien del magnífico paisaje que reproduce uno de nuestros grabados. De la tierra brota una vegetacion tan lozana, que quiere uno mil veces olvidar el camino de hierro cuando sale del tren, para emprender una ex-



Janet Lang

SUCESOS DEL JAPON. — Incendio del palacio del principe Satsuma en Yeddo.

curción por los montes. Diríase que estamos en medio de una selva virgen, como si no se acabase de oír el silbido de la locomotora, como si no se siguiera una senda trazada por osados mineros.

Jamás esa naturaleza que parece como asombrada con la presencia del hombre, se muestra tan brillante y esplendente como en el Pico Americano. Hemos tratado de representar esa vegetación que se despierta vigorosa á la falda del monte que escala, digámoslo así, la cumbre calva y blanca, antes de que hayan desaparecido las nieves, que va á tomar por asalto los peñascos antes de que les quite el sol la mortaja bajo la cual han dormido.

¡La nieve! Hé ahí el gran enemigo de los ferrocarriles, sobre todo en los montes, y así es que las compañías californianas han imaginado para combatirla unos aparatos que son seguramente una de las curiosidades del país.

En los pasos abiertos, cuando se sale de un valle para entrar en otros, los ingenieros han tomado un partido heroico, cuyo modelo en miniatura parece han hallado en el Simplon. En vez de construir una simple techumbre, han construido verdaderos túneles de tablas que tienen hasta una legua de largos. Ahora bien, al amparo de un sólido techo de madera, la locomotora se burla de la nieve, como los viajeros bien abrigados en sus cómodos *Sleepings cars*, se rien del frío. Verdaderamente el hombre está hecho para domeñar la naturaleza, bastándole para ello decidirse á hacer lo que es preciso: reinar.

W. HEINE.

Revista de Paris.

Estamos en vísperas de la semana santa, y por lo tanto se ha dado punto definitivamente á las fiestas y placeres mundanos. En Tullerías se han cerrado los convites oficiales de la estación de invierno con una gran comida de ciento diez cubiertos, á la que asistían un crecido número de diputados. La recepción que siguió al banquete fué brillante; en ella figuraban los miembros del cuerpo diplomático, los ministros, los mariscales, los almirantes, diferentes miembros del Senado y de la magistratura, en suma, todas las notabilidades del mundo oficial se hallaban reunidas en esta última fiesta de la temporada.

Ahora en cuanto pase la semana santa, y nos acerquemos al mes de mayo, Paris comenzará á emprender las acostumbradas excursiones, que este año tendrán lugar muy pronto, en desquite del inusitado retraso que causó el año último la Exposición universal. Ya se habla de los viajes de la corte y se citan itinerarios; pero creemos que es muy pronto aun para que positivamente se haya resuelto nada. Lo que sí está decidido, es la época del viaje á Chalons, donde habrá este año dos series de maniobras. La primera séme, ó primer campamento, tendrá efecto de 1º de mayo á 1º de julio, y las tropas se hallarán al mando del general de división senador M. de Faily; y el segundo campamento, á las órdenes del mariscal Bazaine, se abrirá el 16 de julio y se terminará el 16 de setiembre. Los aficionados á espectáculos militares tendrán esta vez pues doble satisfacción que de costumbre.

La crónica general de los acontecimientos de la semana trae diferentes hechos dignos de señalarse.

En primer lugar citaremos un lance ocurrido en una casa amueblada para huéspedes, campo siempre bien fecundo en aventuras, aunque afortunadamente ninguna de esta índole.

El dueño de la casa en cuestión vió entrar dias pasados á un caballero, perfectamente vestido, aunque de un aspecto singular, y acompañado de dos niños de ocho ó nueve años. — ¿Puede Vd. darme un cuarto para pasar la noche? preguntó al de la casa.

— Sí, señor; ¿una noche nada mas?

— Nada mas, repuso el desconocido, porque yo habito en el campo, se me ha pasado la hora del ferro-carril, y tengo que quedarme esta noche en Paris con mis dos niños.

Con efecto, le dieron el cuarto, sin cesar de observarle, pues tenía un aire tan particular y maneras tan extrañas, que jamás habían visto allí un huésped semejante.

La idea de que este hombre podía ser algun personaje extraordinario, se apoderó hasta tal punto de la mente del dueño de la casa, que en vez de alejarse, una vez que le hubo instalado en su habitación, se detuvo detrás de la puerta, resuelto á ejercer sobre el desconocido la mas atenta vigilancia.

Ahora bien, pasados algunos minutos, el huésped toma la palabra, y dirigiéndose á los niños, les dice:

— Hijos míos, haced el acto de contrición, pues voy á sacrificarlos al Dios de paz y de misericordia.

Espantado aquel hombre que escuchaba, corrió á buscar un agente de la policía, derribaron la puerta y hallaron al desconocido en la postura de un sacrificador, armado con un cuchillo con el cual amenazaba á las dos criaturas que temblaban como las hojas en el árbol.

Interrogados estos niños, respondieron que no conocían á semejante hombre, que este les había encontrado en la calle, les había comprado dulces, y les había prometido que los comerían allí donde entonces se encontraban,

Preso el desconocido, declaró su nombre, pero negándose á dar toda otra noticia sobre su persona y domicilio.

¿Es un asesino ó un loco? La respuesta á esta pregunta resultará de la causa que se le forma. Entre tanto, el sacrificador ha sido puesto á buen recaudo.

Mientras se cometen en Paris crímenes espantosos que indignan hasta lo mas profundo la conciencia pública, de tiempo en tiempo alguna buena acción, que á menudo quedaria ignorada sin un feliz acaso, forma un contraste consolador en el cuadro de tales horrores.

Como prueba de esta verdad, citaremos este rasgo que refiere el periódico *la France*.

Un dia de la semana última un caballero se presenta en las oficinas de la Prefectura de policía, y declara que la víspera había perdido en la calle dos magníficos brillantes que había comprado para su esposa.

Estos brillantes valían la considerable suma de cuarenta mil francos.

El dia siguiente, este mismo sugeto recibe una carta de la Prefectura, invitándole á que se presente en las oficinas, donde le manifiestan que sus dos brillantes han sido hallados por una pobre anciana que ha declarado su nombre y las señas de su domicilio.

¿Júzguese cuál no sería el gozo del reclamante!

Mediatamente llamaron á la anciana á la casa del caballero en cuestión, quien despues de haberla dado gracias y felicitádola por su laudable conducta, la entregó, á guisa de recompensa, cinco mil francos en monedas de oro.

A la vista de tanto dinero, aquella buena mujer, meneando la cabeza, dijo que era demasiado para ella, y añadió:

— Con tres mil francos tendré lo bastante para vivir bien toda mi vida; pero si queréis darme gusto, permitidme que entregue lo restante de la suma á las hermanitas de los pobres. ¡Han sido tan buenas para mí, son tan caritativas con todo el mundo y pasan su vida haciendo tantas limosnas, que no hay manos mas dignas de recibir este dinero que á mí me sobra!

La probidad y la gratitud corren parejas en los sentimientos de esta infeliz anciana.

Decíamos hace poco que en Paris abundan los crímenes, y esta terrible amenaza que pesa sobre nuestras cabezas ha dado margen á una invención contra los ataques nocturnos que pone de acuerdo la ley con la seguridad de los parisienses.

Trátase de un arma defensiva en toda la fuerza de la expresión, y absolutamente benigna.

Hé aquí cómo la describe el folletín científico de la *Situación*, M. Faustus Ring:

«Anteaer á las dos de la madrugada, la ví funcionar en el bulevar de Clichy.

» Andábamos los dos, el inventor, que es un físico distinguido, y yo, dándonos el brazo, cuando en un banco que estaba á cierta distancia, mi amigo distinguió dos hombres sospechosos que parecían esperar á que pasásemos.

» — No tienen buena traza, me dijo, y les voy á dar un susto, para que no se arrojen sobre nosotros.

» Figúreseme á mí que era una broma; pero apenas había hablado así, un rayo de luz resplandeciente salió del baston del físico, y fué á pegar en medio del rostro á los hombres que estaban en el banco.

» Entramos se levantaron de repente, se pusieron las manos en sus ojos deslumbrados, y se alejaron murmurando.

» La explicacion es esta:

» El físico ha encontrado modo de instalar en un cuernecillo una pila eléctrica y una lamparilla de dos carbones con un reflector de foco corto. Apretando un resorte, se abre una ventanilla movable, y un rayo de luz eléctrica va á pegar en el blanco á que se apunta lo mismo que un proyectil: es un baston-escopeta que arroja un disparo eléctrico, y sabido es que el ojo que recibe un rayo de luz eléctrica no puede soportarla, tiene que cerrarse, pues esa luz deslumbra.

» A cien metros de distancia, el baston eléctrico ciega completamente á un hombre, y si á lo lejos se percibe alguna masa sombría que se va aproximando con cautela, inmediatamente se pone en claro lo que es, porque el baston allí donde dirige su luz, hace de la noche dia.»

Hé aquí una invención que hará fortuna.

La miseria es una gran causa de esta recrudescencia que se advierte en los ataques contra las personas. El invierno ha sido fatal para los pobres. A propósito de esta miseria tan general desgraciadamente, dias pasados se comunicaron al Cuerpo legislativo francés los datos mas desconsoladores sobre la actual situación de la Argelia. Tratábase de un proyecto de ley concediendo al ministro de la Guerra, con aplicacion al presupuesto de gastos extraordinarios del gobierno general argelino, un crédito de dos millones de francos para socorrer á los pueblos mas necesitados á consecuencia de la escasez de cereales.

Ahora bien, la exposicion de este proyecto de ley pinta el tristísimo cuadro que ofrecen en la actualidad aquellas poblaciones.

En los cuatro años que acaban de transcurrir, la colonia francesa se ha visto sujeta á las mas crueles pruebas, y ha sufrido una serie de calamidades sin precedente en la historia. La insurrección, la sequía, la langosta, los temblores de tierra, el cólera, y recientemente el frío y la nieve, han afligido á ese desgraciado país que se halla reducido á la mas espantosa miseria. El cólera hizo en 1867, 89,575 víctimas, y el hambre y las privaciones de toda clase han causado, á pesar de los esfuerzos y la abnegacion de todos, un número de defunciones, en los tres últimos meses de otoño

de 1867, y especialmente en el de enero de 1868, que comparado con el del mismo período de 1866 y 1867, presenta un exceso de 20,000. Los ganados, viviendo sin abrigo y no encontrando alimento, han sucumbido en gran número á consecuencia de un invierno excepcionalmente riguroso. La mortandad de los ganados ha ascendido en el Hodna, en las grandes llanuras que se extienden desde Setif hasta las fronteras de Túnez, en el valle de Chelif y en la provincia de Oran, á la mitad de las existencias, y en dos subdivisiones ha llegado á la enorme proporción de nueve décimas partes. Los comandantes generales de las provincias calculan que el número de los indigentes asciende y ascenderá aproximadamente durante algun tiempo á 24,000 en la provincia de Oran, á 23,000 en la provincia de Constantina, y á un guarismo que no es mucho menos considerable en la provincia de Argel, donde los socorros han sido mas inmediatos.

Las comisiones de socorros fijan el minimum de lo que se ha de dar en la provincia de Constantina en 15 céntimos por individuo y por dia (suma que representa el valor de una cuarta parte de pan de munición, ó sea 375 gramos de pan ó 500 gramos de harina de cebada), y en la provincia de Oran en 30 céntimos, á causa del mayor precio de las mercancías.

No hay para qué decir que el Cuerpo legislativo aprobó por unanimidad el proyecto de ley, y con los dos millones votados se podrá socorrer á los indigentes durante seis meses.

Ya hemos dicho á nuestros lectores que se está preparando en Francia una expedición al polo Norte bajo la iniciativa de M. Gustavo Lambert, y hoy añadiremos que la suscripción en favor de esta expedición va tomando incremento.

Segun leemos en el *Moniteur*, M. Gustavo Lambert recorre en este momento el Mediodia de la Francia para exponer su proyecto y pedir á los particulares los medios de realizar una empresa cuyo éxito honrará á todos los que la hayan preparado con el ilustrado concurso de sus generosas simpatías.

En presencia de este movimiento que se produce en Francia, los ingleses han vuelto también á su proyecto de expedición polar, y en una de las últimas sesiones de la sociedad real geográfica de Londres, un distinguido marino, el capitán Sherard Osborn, ha insistido nuevamente sobre la importancia de semejante expedición. Finalmente, en la Alemania, á impulsos del eminente geógrafo Petermann, se hacen preparativos para llegar en los primeros dias del año próximo á los mares del Spitzberg, y para encaminarse desde allí á las altas regiones boreales.

La excelente acogida que, segun dice el ya citado diario oficial del que tomamos estos datos, encuentra M. Gustavo Lambert en las ciudades del Mediodia, da margen para creer que en Francia la iniciativa privada no se mostrará menos viva que en Inglaterra y en Alemania. Ya muchos franceses establecidos en el extranjero han respondido al llamamiento del comité, y así es que han llegado de la China, del Japon, de Marruecos y de Madagascar, liberales suscripciones para la expedición al polo Norte.

En todas las principales ciudades de Francia hay comités encargados de recoger suscripciones para esta empresa, en cuya realizacion se interesa sobremedera el mundo científico.

Conforme ofrecimos á nuestros lectores, vamos á dar cuenta del éxito que ha obtenido en Paris la *Giovanna d'Arco*, de Verdi, nueva para esta capital y ejecutada en la noche del sábado último.

La historia de Juana de Arco es bien conocida, y naturalmente mas que en ninguna otra parte lo es en Francia.

La heroína francesa nació, como es sabido, en 1410, de una familia pobre, y fué pastora en Donremy hasta la edad de diez y ocho años; pero habiéndose creído llamada por Dios á expulsar de Francia á los ingleses, se presentó á Carlos VII, le pidió soldados, obligó con ellos al ejército inglés á que levantase el sitio de Orleans, venció luego á Talbot y llevó al rey á Reims, donde tuvo efecto la consagración del soberano.

En la segunda parte de su patriótica campaña, la suerte la abandonó hasta el punto que cayó prisionera en Compiegne y la llevaron á Ruan, donde murió en una hoguera en 1431.

Hé ahí lo que sabe todo el mundo, y sobre esta base creyeron los que asistían á la representación del sábado que estaria fundado el argumento de la ópera de Verdi. El chasco fué grande en verdad, pues el libretto del poeta italiano señor Solera no se ha inspirado en la historia, sino en la leyenda que acerca de la *Doncella de Orleans*, compuso el célebre alemán Schiller. Esta fué una primera causa de descontento, pues mas de una vez hemos dicho cuánto preocupa á los franceses el asunto en toda ópera, sea italiana, alemana ó francesa.

Al alzarse el telon, los aldeanos se lamentan de la invasión extranjera; pero el rey ha tenido un sueño que le ha infundido esperanzas y va á rezar al pié de la estatua de una Virgen que se halla junto á una encina de la selva.

Esta selva es la de Donremy, frecuentada por los espíritus maléficos, y donde Juana oye una voz que la dice está llamada á expulsar de su patria á los ingleses.

La jóven anhela un casco y una espada para cumplir su misión patriótica, y los encuentra donde acaba de dejarlos el rey Carlos VII para hacer su oración á la Virgen.

No necesita mas para libertar á Orleans, y para llevar al rey á la catedral de Reims.

Cárlos abraza á la exaltada jóven y el padre de esta, Jacobo, que espía todos sus pasos porque la cree bajo el influjo de los espíritus infernales, se imagina que en todo esto no hay mas que una intriga amorosa y ocurresele nada menos que entregar á su propia hija á los ingleses:

Efectivamente, en el segundo acto, despues que ya se ha levantado el cerco de la ciudad de Orleans y están en fuga los eternos enemigos de la Francia, Cárlos VII declara su amor á la jóven heroína, quien por su parte corresponde al cariño del rey con un amor platónico. Terminada su obra, Juana quiere retirarse á su selva de Donremy, pero es preciso que antes asista á la consagracion de Cárlos VII en Reims, y á la salida de esta ostentosa ceremonia, Jacobo, que está ya con los ingleses, amotina al pueblo contra su hija, que viene á caer prisionera de los que combatió tan denodadamente.

Juana está encerrada en un castillo mientras se da una batalla, con mala suerte por parte de sus compatriotas. La jóven pide á Dios que obre un milagro, que la dé la libertad y una espada para morir en la pelea; Jacobo, que ha oido estos ruegos, se convence al fin de que su hija está con Dios y no con el diablo, rompe sus cadenas, la pone en libertad y Juana alcanza otra victoria. Pero ¡ay! en el combate ha recibido una herida mortal y espira entre su padre y el rey Cárlos VII.

La historia de Juana de Arco se convierte pues en una leyenda; pero leyenda que arroja de sí situaciones muy interesantes y dramáticas, y bajo este supuesto no seremos nosotros los que critiquemos la obra del señor Solera.

En cuanto á lo que corresponde al compositor, diremos que en su conjunto *Giovanna d'Arco*, sin ser una de las partituras principales del maestro, cuenta bastantes piezas notables para que nos sea lícito extrañar no se haya dado á conocer hasta ahora al público parisiense.

En el acto primero hay un aria de tenor (Cárlos VII), un aria de soprano, donde Juana de Arco cuenta sus visiones que la llaman á salvar la patria, y un terceto, que fueron aplaudidos. Luego la marcha triunfal de la coronacion y toda aquella escena está tratada por el compositor con una maestria que descubre ya el genio del autor de *Rigoletto* y el *Trovador*. Diferentes piezas de estas dos óperas se encuentran ya cómo en gérmen en *Giovanna d'Arco*.

Por último, un duo amoroso, de soprano y tenor, otra aria de tenor en el tercer acto y el final de la ópera, arancaron aplausos merecidos grandemente.

La ejecucion excelente. Adelina Patti, con casco y coraza es una figura encantadora: cuando un artista, pintor ó escultor, quiera idealizar á Juana de Arco, ya tiene ahí el modelo; con solo copiarlo fielmente hará una obra perfecta. Con respecto al canto creemos tambien que entre todas las óperas de Verdi, esta es quizás la que corresponde mejor á sus facultades. Así, no diremos los aplausos, sino la ovacion que se hizo á la Patti el sábado, se contará como uno de los grandes triunfos de su vida artística.

Nicolini (Cárlos VII) y Steller (Jacobo) contribuyen al buen éxito de la ejecucion, que deja bien poco que desear aun á los mas exigentes. Por último, no se ha descuidado el aparato escénico: hay nuevas decoraciones y vistosos trajes, y en todo se echa de ver que la empresa no ha descuidado nada de cuanto podia realzar la presentacion de esta ópera al público parisiense.

MARIANO URRABIETA.

Las Vestales.

(Continuacion. — Véase el N° 795.)

Es digno de admiracion que Augusto hubiese creído hacerles con esto una gracia, cuando él no podia sufrir con paciencia á las mujeres en las funciones públicas, y no queriendo que estuviesen mezcladas con los hombres, mandó que fuesen colocadas con separacion, y en el local mas elevado.

Yo creo que las mujeres que se preciaban de alguna decencia, huían de esta clase de placeres; á lo menos se sabe que no les era permitido asistir á ciertos juegos sin permiso de sus maridos. La ordenanza de Augusto no ponía á cubierto el bien parecer de las Vestales, á lo menos cuando se trataba del combate de los gladiadores.

Jóvenes acostumbradas á rogar, no solo por el bien del imperio, sino por la felicidad individual de los romanos, ¿podían sin ofender su piedad asistir á un espectáculo en donde se miraba como cosa de juego la vida de los hombres? ¿No temían la cólera de los dioses, y que la sangre de tantos infelices apagase el fuego sagrado?

Estas cosas dieron con el tiempo armas contra ellas; y los que animados de los sentimientos de una religion pura, que se alzaba sobre las ruinas del paganismo, se sublevaban contra los abusos y desórdenes de las Vestales, echaron mano al instante de su asistencia á los juegos de los gladiadores, como de la cosa no solo mas opuesta á su carácter, sino la que manifestaba mejor la vaciedad de su religion, y el error de sus principios.

Así es que Prudencio se burla de aquel delicado re-

cato; de aquel terrible horror á la sangre; de aquella piedad que se complacia en los juegos y carnicería de la arena; de aquellas miradas sagradas, ambiciosas de muertes y de heridas; de aquellos adornos tan respetables con que se engalanaban para gozar de la cruel destreza de los hombres; de aquellas almas tiernas y compasivas que se estremecían de gozo cada vez que el cuchillo se sepultaba en la garganta de un desdichado, y de aquellas vírgenes modestas, que con un signo fatal decidían de los restos de la vida de un atleta.

El abuso que insensiblemente se introduce en la mayor parte de las cosas, no fué quizás el que dió lugar á una costumbre tan poco conforme con el estado de las Vestales, sino que los magistrados, tanto para la gloria de la patria, como para la satisfaccion del pueblo en aquella asamblea general de todas las clases del imperio, que era como un segundo espectáculo, creyeron que nada podia dar mayor realce á las fiestas y juegos, que la asistencia de sus Vestales.

Sin duda para hacerles honor, la sentencia que pronunció el Senado contra algunos sacerdotes de Júpiter, disponía que Libia tendria su asiento en el banco de las Vestales siempre que asistiese á los espectáculos. Puede ser tambien que á esta emperatriz, que siempre se habia preciado de tener mucho miramiento, no le pesara el verse confundida entre jóvenes consagradas á los dioses, y que hacían particular profesion de castidad.

Se presenta muy verosímil que hasta el tiempo de Neron no asistieron á la lucha, y que el ser este privilegio especial de las sacerdotisas de Ceres, le movió á convidar con él á las Vestales, para que no les quedase que desear ninguna gracia.

Numa Pompilio, que á su institucion las habia dotado de los fondos públicos, les señaló tierras, de las cuales percibían censos en frutos ó en dinero.

El espíritu del fundador era libertarlas de los cuidados de la vida, y asegurarles todas las comodidades posibles, no solo para que pudiesen dedicarse mejor al servicio de su diosa, sino para que se procurasen aquella consideracion que gozan todos los establecimientos, que debiendo su principio á la generosidad de los poderosos, no son una carga para el público.

Con el tiempo reunieron una multitud de fundaciones y legados, á lo cual movía tanto mas la piedad de los particulares, cuanto las Vestales eran un recurso infalible en las necesidades comunes.

Augusto, que se dedicó con mucho esmero á acrecentar la majestad de la religion, creyó que nada contribuiría mas á sus deseos, que el aumento de la dignidad y del patrimonio de las Vestales, las cuales á mas de las donaciones pertenecientes á toda la órden, tenían individualmente rentas considerables, con cuyo auxilio se presentaban en público, con tantos criados y ostentacion tan grande, que sin embargo de que exteriormente sostenían la dignidad de la órden, dieron lugar á que los padres declamaran contra el abuso de las inmensas riquezas, que los progresos del tiempo habian hacinado.

Estas mismas jóvenes eran sin embargo las que deramaban, por decirlo así, la piedad en todas partes, hasta dar lecciones á los ministros de sus dioses.

En ciertos dias del año se presentaban al rey de los sacrificios, le exortaban á cumplir con escrupulosidad sus deberes, á no olvidar los sacrificios que la providencia de los dioses habia puesto á su cargo, á circunscribirse á sus obligaciones, que le prohibían el mezclarse en negocios civiles y militares, á exhortar al pueblo, hablándole tan solo de sacrificios y de misterios, á mantenerse en aquel espíritu de moderacion y de recogimiento que exigía de él la ley del sacerdocio, y á velar de continuo sobre sí mismo y sobre el servicio de los dioses.

Vigilans Rex? Vigila. A esto alude seguramente el pasaje de Virgilio, en que una ninfa fué á avisar á Eneas que el jóven Ascanio estaba encerrado dentro de los muros de la ciudad nueva, en medio de las armas y tropas de los latinos, que ya la caballería de los arcadios, junto con la de Etruria, se acampaba en los puestos designados, que Turno queria que á todo trance sus tropas impidieran á los troyanos el acercarse al campo, y que al dia siguiente debía hacerse de ellos una horrosa carnicería.... *Vigilans Deum gens? Anea, Vigila.... etc....*

Cualquiera que fuese el valor que tenían las amonestaciones de las Vestales, la credulidad romana atribuía mucha mas eficacia á sus plegarias y sacrificios. Ciceron en la defensa de Fonteio ha reunido todo lo que puede contribuir á justificarlo, pues nada cree tan á propósito para conmovér á los jueces, como la consideracion de que la hermana de su cliente se hallaba en el número de las Vestales.

No cree que los jueces puedan resistir á las súplicas capaces de aplacar á los dioses; que á una Vestal pueda arrebatársele un hermano, tanto mas querido, cuanto que el sacrificio que ella ha hecho de su virginidad no le permite procurarse otros consuelos.

Temed, dice al Senado, que los continuos gritos de una Vestal que se quejará del rigor de vuestros juicios no hagan temblar los altares de la diosa; temed que las lágrimas de una jóven sagrada no extingan el fuego eterno que ha conservado á costa de tantos afanes y vigilijs: no sea que tienda inútilmente hácia vosotros las mismas manos que levanta á los cielos, para el bien del imperio. La salud y la gloria de la patria no permiten que os muevan mas las amenazas de nuestros enemigos, que las quejas y el llanto de una sacerdotisa de Vesta.

La mediacion que se atribuía á las Vestales entre los dioses y los hombres, el respeto que profesaban á su carácter las personas mas constituidas en dignidad, las relaciones de sangre que tenían con las primeras familias del imperio, y el espíritu de su estado que suponía mucha piedad y desinterés, habian establecido la costumbre de servirse de su ministerio en los negocios desesperados y en las reconciliaciones espinosas, y de confiar á sus manos las cosas mas sagradas, aunque á la verdad no siempre su intervencion tenia los mejores resultados.

En vano se valió de ellas Vitelio para pedir á su enemigo la paz ó el tiempo de deliberar; en vano aconsejó al Senado que las hiciesen ir en compañía de los embajadores para tratar con los flavios; á pesar de todo, no pudo aquel emperador evitar la muerte ni la ignominia.

César, mas feliz por la interposicion de las Vestales, se reconcilió con Sila, quien no pudiendo separarlo de Cornelia, hija de Cinna, con quien se habia casado en segundas nupcias, y no dudando que tomara partido con sus contrarios, resolvió perderlo enteramente.

Lo que Sila habia negado á sus mejores amigos y á los primeros personajes de Roma, lo concedió á los ruegos de las Vestales, y la solicitud de estas pudo mas que su temor y que sus presentimientos.

Sila, dice Suetonio, ora sea por inspiracion, ora por conjeturas, despues de haber perdonado á César, dijo delante de toda Roma:

« Bien podeis gloriaros de haberme arrancado esta » gracia; pero sabed al menos que este mismo, cuya » libertad y fortuna habeis anhelado con tanto afán, » arruinará el partido de los mas poderosos de Roma, » y aun de aquellos mismos que se han unido con las » Vestales para interceder á su favor; creedme, roma- » nos, en la persona de César crecen muchos Marios. »

Esta deferencia por las Vestales, en un hombre como Sila, y en un tiempo tan turbulento, en que los mas sagrados derechos no estaban al abrigo de la violencia, encareció muchísimo la extrema veneracion que se les tenia.

A ellas solas respetaba el espíritu de injusticia y crueldad que reinó en las proscripciones, y el genio de Mario y de Sila temblaban á su presencia. Esto era quizás efecto del temor de que se sublevasen los romanos, que las adoraban con una supersticion frenética.

El pueblo vivía persuadido de que escapándose un esclavo de la casa de su amo, con tal que aun no hubiese salido de la ciudad, las súplicas ó los encantos de las Vestales eran capaces de contenerlos.

El esclavo detenido se hallaba repentinamente en una especie de turbacion, y no podia moverse del sitio en que le habia sorprendido la súplica. Esta supersticion reinaba todavía en tiempo de Plinio.

Desde las guerras civiles, fué particularmente cuando mas se acrecentó la autoridad de las Vestales, que empezaron á intervenir en una infinidad de negocios eterogéneos á la religion.

César, á su vuelta de España, durante el mes que estuvo, segun la antigua costumbre, en el Lavican; una de sus casas de campo, hasta que entró triunfante en Roma, hizo su testamento, que depositó en poder de las Vestales, de donde fué sacado despues del asesinato de este hombre grande, para ser abierto y leído en alta voz en la casa de Antonio, á petición de Lucio Pison su suegro.

Augusto habia hecho lo mismo, añadiendo dos codicilos en parte escritos de su propio puño y en parte de los de Polibio é Hilarion sus manumisos con otros tres escritos que él habia firmado, y que al igual de su disposicion testamentaria, fueron abiertos y leídos en Senado pleno.

Nada quizás hizo desmerecer tanto á Augusto como la violencia con que arrancó del templo de Vesta el testamento de Antonio.

Los consulares Ticio y Planco, que habian sido intimos amigos del difunto, nada omitieron para que Cleopatra no le siguiese á la guerra contra Augusto.

Aquella mujer no habia olvidado nunca estos esfuerzos de los dos amigos, y la cosa llegó á tomar un aspecto tan serio, que Ticio y Planco, para librarse de su resentimiento se rindieron á César, revelándole entre otras cosas, que Antonio habia hecho testamento, del cual tenían una copia las Vestales. Augusto, abusando de su autoridad fué al templo, y arrebatándole de él, reunió al punto el Senado, y lo leyó públicamente.

Un proceder tan violento, sobre todo con unas jóvenas que tanto habia honrado, ofendió á todos los hombres de bien, causando el mayor pasmo, que durante la vida de un hombre se procediese contra él por la disposicion de su voluntad, que no debia tener efecto hasta despues de su muerte.

Estos sucesos, lejos de desairar á las Vestales, hacían conocer mejor por medio de las habladurias, el respeto religioso que generalmente se les tenia.

En aquella época gozaban de todas las distinciones propias de la virtud. Eran enterradas dentro de la ciudad, cuyo honor, escasamente concedido á los hombres mas grandes, y que habia dado todo su lustre á las familias Valeria y Fabricia, lo participaban hasta aquellas desgraciadas que sufrían el último suplicio.

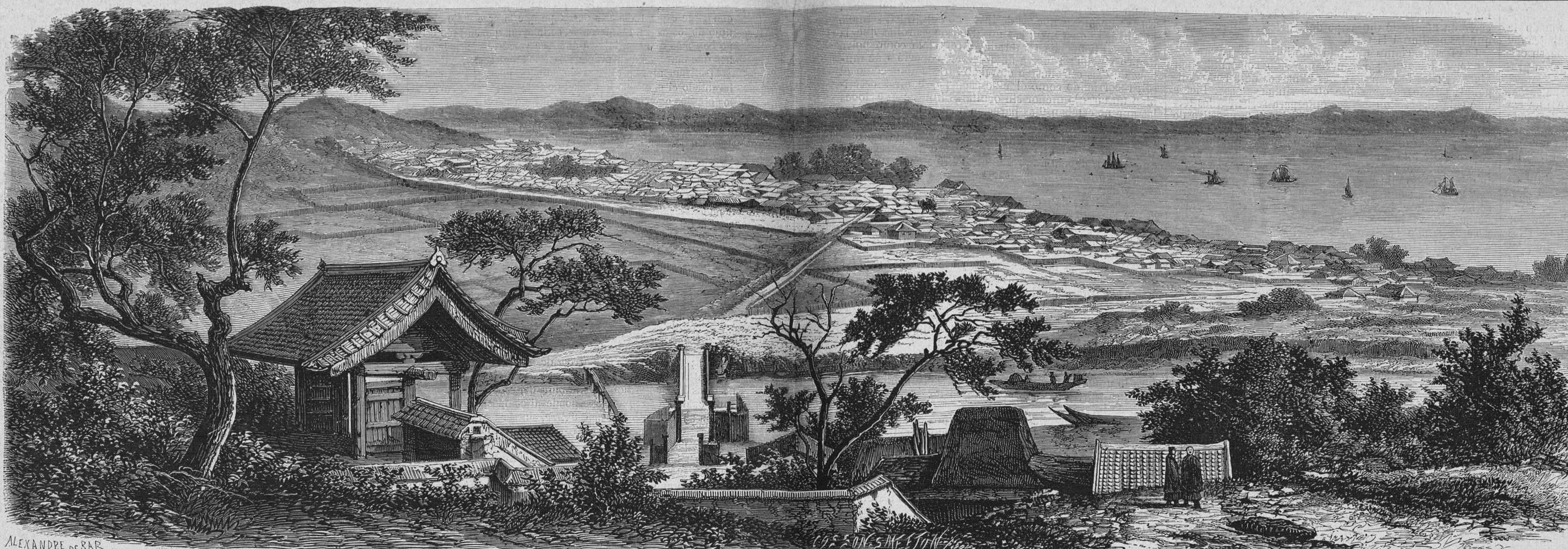
(Se continuará.)

Sucesos del Japon.

Las noticias que llegan actualmente del Japon se publican con comentarios incompletos é inexactos, y nosotros deseamos presentar bajo su verdadero aspecto unos sucesos de tan grande importancia para el Japon y para los establecimientos extranjeros.

Desde el siglo X de nuestra era, los mikados, considerados como representantes de los dioses, aprovecharon tan alto origen para fundar una dinastía que aun reina: pero en suma es bien raro que el Japon saque exclusivamente á su beneficio las castañas del fuego. Los mikados no tardaron en ver surgir en su derredor verdaderos alcaldes del palacio que se disputaron el poder durante siglos. Por la época en que san Luis administraba justicia á la sombra de una encina, un noble japonés, llamado Goguen Sama, quiso poner un poco de orden en aquel desorden, mientras respetaba el poder temporal del mikado, ó para expresarnos con mas verdad, mientras reservaba una sombra de poder al mikado.

Goguen Sama fundó pues, la dinastía paralela ó parásita de los taicouns, y se gobernó de modo que se quedó con la realidad del poder, reservando una soberanía de palabra al príncipe que reinaba inútilmente en la cumbre del edificio. Gracias á esta organizacion, bastante compleja, los taicouns lograron dominar los belicosos instintos de los daimios, sus antiguos compañeros, de los cuales hubo algunos que reinaron sobre muchos millones de súbditos.



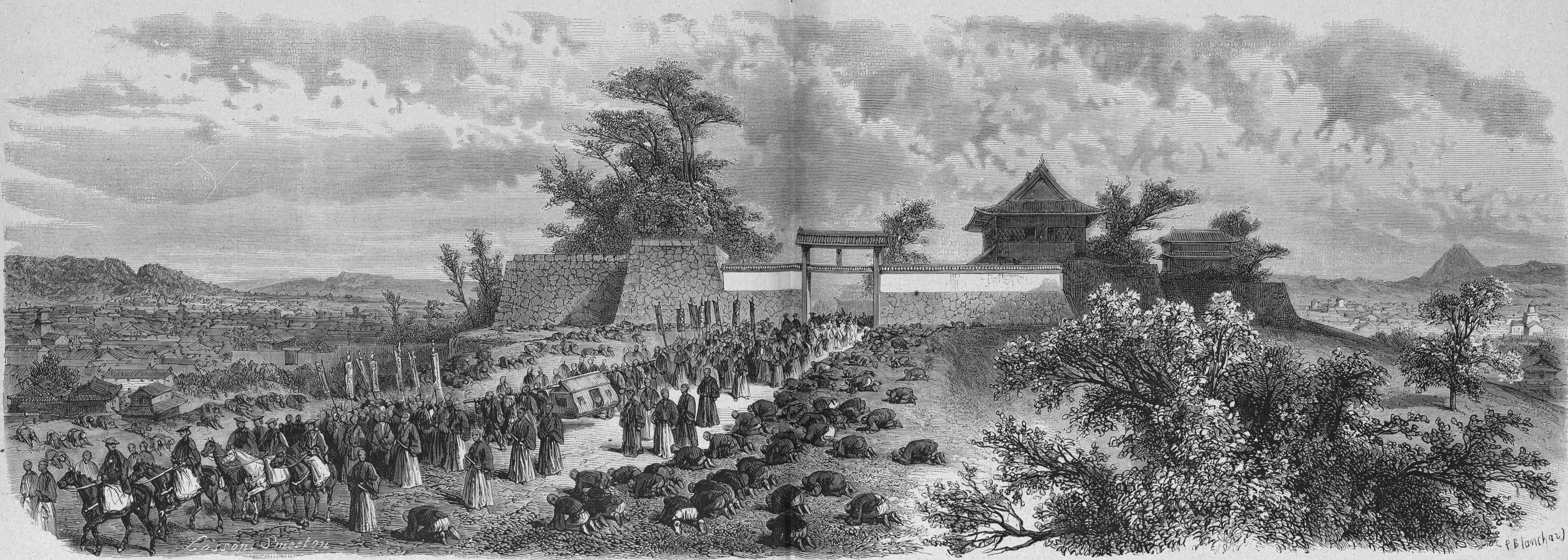
ALEXANDRE DE BAR.

EL JAPON. — Vista general de Yokohama.

Pero á fin de que nada turbase el órden en esta singular monarquía, donde sin embargo la autoridad no carecia de representantes, aislaron al Japon del resto del mundo de un modo tan perfecto que es el tipo de lo mas completo que puede realizar el régimen protector. No obstante, jamás impunemente puede un pueblo formar banda aparte en el seno de la humanidad; y así fué que mientras otras naciones, entonces bárbaras, daban pasos de gigante hácia el progreso moderno, el Japon permanecia, digámoslo así, cristalizado en su orgullosa ignorancia.

Al gobierno de los Estados Unidos corresponde el honor de haber derribado la puerta de este extraño imperio, pues los holandeses no habian hecho mas que entreabrirla. Advertido por la presencia de una escuadra americana, mandada por el comodoro Perry, el gobierno japonés resolvió cambiar de sistema y guiar al pais hácia mejores destinos, inaugurando un régimen de libertad comercial relativa que permitió estudiar el vapor, la electricidad, y sobre todo la artillería de los bárbaros. Todas las naciones civilizadas aprovecharon el efecto instructivo producido por los argumentos holandeses del comodoro Perry; pero los extranjeros que fueron admitidos de repente en presencia de una civilizacion escondida durante tantos siglos, debian fatalmente tropezar contra muchas preocupaciones ridiculas que los japoneses consideraban como sagradas.

Por ejemplo, érales imposible á los europeos y á los americanos el consentir en prosternarse en el polvo, ante los daimios, como hacen los habitantes del pais, y mas de una vez



L. Cassin Siméon

E. Blanchard

EL JAPON. — Palacio del taicoun y vista de Yeddo, capital del imperio.

los sirvientes apelaron al puñal para castigar al insolente cuyas temerarias miradas habian profanado la quisquillosa epidermis de alguno de los personajes del Japon. Por lo tanto, la revolucion actual tiene su origen en los debates á que forzosamente dió lugar la presencia de los extranjeros.

El jefe de esta insurreccion es el príncipe de Satsuma, especie de Carlos el Temerario, á la cabeza de una especie de liga del Bien Público, y conocido sobre todo en Europa por la sangrienta leccion que recibió cuando se opuso á la ejecucion de las órdenes del taicoun admitiendo á los europeos en el puerto de Oasaca. Tampoco se habrá olvidado la parte que tomó en la Exposicion universal de 1867, donde su bandera ondeaba orgullosamente al lado de la de su rival, hoy en desgracia.

El desenlace de la lucha cuyo teatro acaba de ser Yeddo, y de la cual hemos representado uno de los principales episodios, ejercerá una grande influencia en los destinos del Japon, pues al saber la derrota de las tropas en las calles de su capital, el taicoun lejos de defenderse entregó su dimision al mikado, y aun aconsejó á este príncipe que reuniese una dieta de daimios y le propusiera una reforma de la Constitucion. ¿Quién sabe si de esta Dieta aristocrática no saldrán los Estados generales del Japon?

Natural era, según lo que hemos dicho, que la lucha se concretara en torno del palacio del príncipe de Satsuma que, como se ve en nuestro grabado, vino á ser presa de las llamas mientras tenia lugar la insurreccion de Yeddo. Efectivamente, con arreglo á uno de los principales artículos de la constitucion de Goguen Sama, cada uno de los daimios, cuyo poder hereditario respetó, debe tener su palacio en Yeddo y residir en él cierto número de meses al año. Estas moradas régias que multiplican en Yeddo el número de sirvientes adheridos á la causa de la aristocracia japonesa, ocupan una inmensa extension; pero apenas contribuyen al ornato de la capital, pues tan celosos de esconder su casa como su persona á las miradas profanas, los personajes del Japon, las hacen cercar con una tapia muy alta y prosaicamente blanqueada con cal. Aun en tiempos ordinarios los incendios, muy frecuentes en el Japon, ocasionan luchas á veces sangrientas. El gobierno tiene señalado un premio considerable al capitán de la primera compañía de bomberos que llegue al lugar del siniestro, y así se ha visto mas de una vez mientras arde la casa, que los bomberos del Japon echan mano á las armas y se disputan el lucrativo honor de arrojar los primeros el agua sobre las llamas.

Hablemos de Yokohama y Yeddo.

Yokohama se construyó hace pocos años en la plaza desierta donde el comodoro Berry firmó el memorable tratado de comercio que ha abierto el Japon al comercio europeo. Es una poblacion enteramente occidental, que cuenta 5,000 extranjeros y otros tantos indígenas, poblacion que ha echado raíces en la tierra mas refractaria á nuestra civilizacion y que parece llamada á los mas brillantes destinos.

Tiene un aire muy puro y un buen clima, encontrándose allí con abundancia, pesca, flores y hortalizas. Las montañas que corona el famoso volcan Fusiyama, ofrecen un aspecto muy pintoresco, y así es que los ricos comerciantes establecidos en la ciudad se dan una vida muy agradable al propio tiempo que hacen su fortuna.

En el fondo de un inmenso espacio de 40 kilómetros de ancho y 80 de anchura, se distingue la ciudad de Yeddo, capital del Japon, que ha sido construida á orillas de tres ó cuatro de los innumerables rios que llevan á la bahía de Yokohama el tributo de sus aguas. El mayor y mas célebre es el Tadayama que compararemos con el Sena en la travesía de París.

Si hay razon para decir que Londres y París no son mas que una aglomeracion de muchas ciudades, puede decirse que Yeddo es una reunion de infinitas ciudades y aun de aldeas fortificadas.

Las moradas soberanas que la constitucion de Goguen Sama reunió allí, no merecen en efecto, otro nombre. Por causa de los terremotos, el edificio principal no tiene nunca mas de dos pisos, y para eso el segundo es muy bajo. Generalmente se halla construido en una pequeña altura, en cuyo derredor se agrupan de un modo mas ó menos pintoresco las habitaciones de los sirvientes, cuyo crecidísimo número no está en relacion con nuestras costumbres europeas. Solo el príncipe de Satsuma posee allí 17 palacios, además del que hemos representado. Dicese que mantiene á 70 ó 80,000 sirvientes, entre los cuales se cuentan 20,000 soldados, diez veces mas que el efectivo de la guardia imperial que vigila en las puertas del palacio del taicoun. Fácil es comprender que la persona del soberano no siempre estaria segura en medio de una guardia semejante, si la morada real no estuviese además protegida por las tapias de que hemos hablado anteriormente.

Ocupa el centro de la ciudad un inmenso polígono de 5 kilómetros de ancho y 8 de largo, rodeado de fortificaciones y con un foso inmenso de 70 piés de largo; la primera garantía de la constitucion japonesa. En medio de este sitio desierto se eleva el palacio del emperador, edificado sobre una colina. No puede entrar en él sino despues de haber atravesado un segundo foso de cien pasos de ancho, dos veces mas que el primero, y aun no es todo, si ha de darse crédito á la crónica, pues los arquitectos japoneses han construido en el interior de este palacio fortificado, encerrado en un primer recinto, una tercera fortaleza donde realmente habita el príncipe, que es el santo de los santos.

Para mayor precaucion, esta fortaleza se halla sobre un cerro en medio de un grupo de árboles siempre verdes que les ocultan á la vista.

Las fortificaciones que han sido impotentes para defender al taicoun, parecen haber sido construidas por gigantes: las forman enormes peñascos de forma poligonal, puestos unos sobre otros sin argamasa. Dicese que esta disposicion es excelente para resistir á los terremotos, pues sin esto, una convulsion intempestiva de la naturaleza podria entregar la persona de un gran príncipe á las manos poco respetuosas de súbditos que son muy de temer desde que cesan de arrastrarse en el polvo, porque entonces observan que sus amos son hombres como ellos.

A la sombra del santuario de la monarquía japonesa, se ha elevado el barrio de los príncipes, y en esta parte de la ciudad han construido también los ministerios y casas donde habitan los principales personajes del Estado. El extranjero que no quiera tener que habérselas con el puñal de los criados de los grandes, hará bien en huir de estos barrios. A menos que no consienta en imitar las profundas genuflexiones de la muchedumbre indígena que hemos representado prosternada al paso de los grandes, debe evitar las calles que frecuentan esos hombres de andar orgulloso, cuyas miradas hostiles parecen protestar contra la presencia de los extranjeros.

Calculábase que los templos y los conventos ocupan como una cuarta parte de la superficie de la ciudad. Para que no nos acusen de exageracion, hemos sombreado en nuestro mapa todos los locales destinados al servicio de los cultos. Los templos japoneses parecen contruidos todos por un mismo modelo, diferenciándose solo en sus dimensiones. Compónense invariablemente de dos pórticos desiguales, el del interior siempre mas alto que el de la calle, y de tres cuerpos. A mano derecha entre los dos pórticos está la biblioteca, y á la izquierda el almacén donde quedan los objetos sagrados. Finalmente, despues de haber atravesado el pórtico interior, se llega á la casa del sacerdote, cuya magnitud determina la categoría del templo y la majestad del Dios. A veces es una simple choza, y otras por el contrario, es una ciudad en pequeño, comparable con la que se encuentra en el interior del palacio de los daimios mas importantes. Los grandes dioses japoneses no tienen nada que envidiar, al menos bajo este concepto, al príncipe de Satsuma.

Generalmente hablando, los templos ocupan sitios muy pintorescos, en colinas bastante altas para que dominen una parte de la ciudad. Gracias á la infinidad de techumbres de madera, la capital del Japon ofrece el aspecto de una vasta masa de agua, cuyas islas son los templos y palacios de los daimios, y en medio de la cual se elevan numerosas torres como otros tantos faros. Estas torres sirven de estaciones á los centinelas de las diferentes compañías de bomberos, funcionarios indispensables en una ciudad donde las paredes son de madera, las techumbres de paja y las ventanas de papel, y donde además no se conoce el uso de chimeneas. En cuanto hace frio encienden centenares de miles de braseros en medio de casas tan combustibles como un pajar, y así que un vigilante distingue un incendio da la voz de alarma, como se podria hacer en Europa tocando á rebato, y luego indica la direccion con una bandera si es de dia y con un farol si es de noche.

Un detalle característico que no debemos pasar en silencio, es el amor á las flores, á los jardines, á las monstruosidades vegetales, que es tan comun, tan popular en el Japon. No hay, digámoslo así, una casa en Yeddo que no tenga su jardin de algunos metros, en el cual se halla un paisaje en miniatura, con islas, estanquitos llenos de peces dorados, canales anchos como el dedo, peñascos gruesos como la cabeza y árboles que caben en el bolsillo. Los japoneses tienen suma habilidad para producir cedros de un pié de altura, cuyas ramas tortuosas y cuarteada corteza, recuerdan los gigantes seculares que cubren los flancos del Líbano.

A. M.

El Joven ermitaño.

(Continuacion.)

Todas las mañanas subia á la cima de la roca para ver salir el sol: cuando el cielo y la mar se coloraban de brillante púrpura; cuando las nubes resplandecian como las llamas de un vasto incendio; y cuando el sol, en fin, aparecia como un globo de fuego, su alma se inundaba de gratitud y amor hácia el autor de aquel grandioso espectáculo, caía de rodillas y oraba con fervor.

— ¡Cuán magnífico es este astro! decia á veces; y sin embargo, Señor, bien sé que su luz no es mas que una sombra de la vuestra, y que su calor es frialdad comparado á los rayos invisibles con que penetraís las almas. Una nube puede privarme de la vista del sol; si bajo al fondo de ese valle, su calor no me reanima y lo busco en vano: mientras que Vos, oh Dios mio, estais presente en todas partes, y nada puede interponerse entre Vos y el hombre que Vos amas.

Teodoro se complacia también mucho en contemplar la luna y en seguir sus diferentes fases, y se admiraba

de no haber fijado su atencion en ella hasta entonces. En las hermosas noches de invierno admiraba, sentado en el pico de su roca, esa multitud de estrellas que la mano del Señor ha sembrado en el cielo como polvo de oro y plata; á fuerza de observar, conoció que muchas de esas estrellas se elevaban, trasponian como el sol, recorriendo como él el espacio; que otras describian un círculo menor sin ocultarse nunca; que todas las que no estaban fijas parecian moverse en derredor de otra que estaba inmóvil; que cada noche aparecian un poco mas tarde; que cada mes aparecian otras nuevas, y que al cabo de un año volvian á reaparecer las que habian dejado de presentarse. Estos pequeños descubrimientos astronómicos le causaban un vivísimo placer, y decia:

— Los cielos dan cuenta de vuestra gloria, Señor, y el firmamento proclama la obra de vuestras manos.

Si, de la bóveda celeste, dirigia sus ojos á la tierra, hallaba también numerosos motivos de estudio y admiracion.

— Estas lindas flores amarillas y blancas, decia en un bello día de primavera, brillan en medio de esos céspedes como las estrellas sobre el azul del cielo, y sus pétalos semejan rayos de luz.

Pero lo que le interesaba mas aun que sus vivos colores, era ver el maravilloso aparato de su reproduccion y la semilla encerrada en sus pistilos. Recordaba que en su tierna infancia le agradaba soplar esos globitos sedosos cuyos despojos se dispersaban por el aire; pero lo que en aquella época era para él un juego infantil, se convertia en la presente en un estudio serio y lleno de interés.

— En estas florecitas, decia, descubro la sabiduría y la bondad de Dios. Cada una de las semillas encerradas en esas ligeras cápsulas es como un esquife guarnecido de velas que el viento impulsa por los aires y dispersa por todas partes. Hé ahí cómo han venido hasta esta isla esas plantas y esas flores que tapizaban las vertientes de estas rocas, y algunas de las cuales me sirven de alimento.

Igual observacion hacia sobre los abetos, únicos árboles que se hallaban en aquella estéril morada. Levantando con su cuchillo las escamas de su bayas oscuras y brillantes, que le habian servido de juguete en su infancia, encontró bajo cada una de ellas granos alados de semilla.

— Preciso es que el viento las haya traído desde tierra firme, porque de otro modo nunca habrian podido llegar hasta la cima de estas rocas.

También notaba la admirable disposicion de las raíces de esos árboles para agarrarse á las piedras y á las hendiduras de aquellas estériles montañas: admiraba sus troncos rectos pero flexibles como cañas, razon porque los vientos los encorvaban hácia todos lados sin romperlos. Gustábale también su verdor sombrío permanente aun en invierno, bien al contrario del de los otros árboles, y en el cual encuentran un asilo contra las nieves y las escarchas los pajaritos. El azul del cielo le parecia mas puro, la luna mas blanca, cuando los miraba por entre las ramas de los dos abetos que se alzaban á la puerta de su gruta.

De esta manera, observando con atencion cada cosa, descubria en las obras del Criador una belleza que jamás habia sospechado. Tomando á veces una brizna de musgo, y mirándola al sol:

— Este musgo, decia, es también una maravilla que prueba la sabiduría y la bondad de Dios. Imposible es ver un trabajo mas fino y delicado; los tejidos todos hechos por la mano del hombre, son rudos y groseros comparados con él. ¡Qué lindas cajitas! añadia considerando las cápsulas pequeñas que contienen la semilla. Se diria que son cálices casi imperceptibles: cuando la semilla está bien granada, se abre la cubierta y el viento la esparce. Por esto la hay en todas partes con tanta abundancia: hasta á las rocas, que reviste con su tierno verdor, les arranca de qué nutrirse. En ella hallan un muelle lecho los tiernos pajarillos, y aun el hombre, como á mí me ha sucedido, puede pasar sobre ella noches de apacible sueño. Todo, Señor; todo, desde el sol hasta el grano de polvo, desde el alto abeto hasta el humilde musgo, proclama á voces vuestro poderio, y en vano se intentaria dar un paso, ni aun en la soledad, sin hallaros por do quiera.

Aunque su pensamiento estaba continuamente fijo en Dios, Teodoro sentia un vivo deseo de adorarlo en una iglesia: recordaba con frecuencia la de su aldea, donde tantas veces habia asistido al santo sacrificio de la misa; veía su puesto vacío al lado de sus padres; creia oír los religiosos acordes del órgano, que unido á las voces de los cantores y de los fieles bendecia al Dios omnipotente bajo la gótica bóveda. Pero si le era imposible satisfacer su filial y piadoso deseo, no le fué el mitigar algun tanto su cristiano anhelo y formó con ramas de abeto cruces que colocó en diferentes parajes de la isla; el signo adorable de la redencion lo excitaba á la oracion y lo acercaba en cierto modo á los hombres.

Sus padres habian cuidado de enriquecer temprano su memoria con bellas oraciones y prudentes sentencias sacadas de la Sagrada Escritura, y Teodoro se felicitaba de no haberlas olvidado: falto de libros en su soledad, eran para él un tesoro mucho mayor que para el que puede verlas consignadas por escrito. Las repetia con frecuencia, en su tristeza ó en su alegría, ya para pedir á Dios mercedes, ya para darle gracias por las que habia recibido, y en todos casos hallaba en ellas motivos de reflexiones útiles y de piadosas meditacion. De esta manera hacia cada día nuevos progresos en la virtud y en la piedad.

VIII.

PENAS Y TRABAJOS.

Desde su llegada á la isla, Teodoro habia gozado de perfecta salud; pero un dia, corriendo por la playa, comprimió con su pié un marisco puniagudo y se hizo una herida profunda. Una fuerte calentura se apoderó de él, y solo con grande trabajo pudo llegar á su gruta, dejándose caer en su lecho de musgo. El infortunio de la soledad se le presentó entonces bajo un nuevo aspecto: estaba enfermo, sin fuerzas, atormentado por una fiebre abrasadora, privado de todo auxilio, y sin un pedazo de tela con que envolver su herida, que podia muy bien encontrarse. Felizmente no tenia hambre, pues le habria sido imposible prepararse ningun alimento.

— ¡Ay de mí! decia para sí mismo; cuando estaba enfermo en mi casa, nada me faltaba. Mi padre corria presuroso á buscar un médico, y mi madre estaba de pié junto á mi cama, exhortándome con ternura á tomar los medicamentos que habian de curarme; mis hermanos y mis hermanas se daban prisa para traer lo que podia serme necesario, y se esforzaban en distraerme y consolarme. ¡Pero aquí, solo, completamente solo! ¡Oh, con tal que yo no me muera en esta isla desierta! Y vertia amargas lágrimas y oraba con fervor.

Mas, al traer á su memoria lo que en sus enfermedades hacian por él su padre y su madre, recordó tambien que, en vez de corresponder con gratitud á su amor, los habia afligido con frecuencia su espíritu caprichoso y porfiado: tambien reconoció sus sinrazones para con sus hermanos y hermanas, á quienes habia injuriado mas de una vez con palabras duras y frases inconvenientes.

— Pequé, Señor, decia, contra ellos y contra Vos; os doy gracias por haber conocido mis faltas y os pido la merced de borrarlas con mis lágrimas: si me permitis volver alguna vez al lado de mis padres, me propongo ser para con ellos amable, reconocido, á fin de hacerles olvidar las faltas de mi vida pasada.

Teodoro se mejoró pasados algunos dias; la fiebre desapareció poco á poco, y la herida se cerró. Pronto se halló en estado de salir y de emprender nuevamente sus tareas: este restablecimiento aumentó su confianza en Dios.

A fin de prevenir otro nuevo accidente semejante al que acababa de sucederle, su primer cuidado fué hacerse una especie de calzado. Tomó al efecto un pedazo de las tablas de la barca que le quedaban aun, y sirviéndose de su cuchillo y de la segur consiguió cortar unas suelas ligeras y sólidas á la vez. Del cuero de sus zapatos viejos formó correas con que sujetarlas á los piés, y pronto se vió calzado con unas sandalias tan perfectamente construidas como la imperfeccion de sus herramientas lo permitia.

Forzoso le fué pensar igualmente en renovar sus vestidos, que rotos en girones no lo resguardaban ya del frio. Pero el capote de su padre era demasiado largo para poder ponérselo fuera de la gruta.

— Haré con él un sayo largo que baje hasta el suelo, será un vestido completo, cómodo y fácil de coser á un tiempo. Pero ¿dónde hallaré una aguja, hilo y tijeras?

Cuando hubo reflexionado algunos momentos, cogió un clavo sin cabeza y se puso á aguzarlo sobre una piedra. Recordó haber visto que los herreros encandecian el hierro para poderlo trabajar mas fácilmente, y despues lo sumergian en agua para darle mayor dureza. Hizo como ellos, y á costa de paciencia y esfuerzos consiguió hacer una aguja; mas propia para coser fardos que vestidos, es verdad, pero no era necesario usar de delicadezas en aquella situacion. Una media vieja deshecha lo proveyó de hilo, y su cuchillo, aguzado contra una piedra, reemplazó las tijeras. Era cuanto necesitaba; pronto estuvo hecho el sayo, y, lo que es mas, puesto sobre los hombros: la cuerda que en otro tiempo servia para amarrar la barca ocupó ahora la plaza de cordon para ceñir el sayo á su cintura.

El último trabajo que le faltaba hacer era muy fácil de ejecutar: reemplazar su sombrero de paja tan deteriorado ya, que era imposible servirse de él. Como habia hecho cestos y canastillos con su padre, no halló dificultad en trenzarse un sombrero de retama.

Concluidas todas las partes de su nuevo traje, se lo puso y fué á mirarse en la mar tranquila en aquel momento como un lago. Al ver reflejada en el agua su extraña figura no pudo reprimir una carcajada.

— Imposible es, dijo, parecerse mas al buen ermitaño que he visto varias veces en mi casa; solo si quisiera, como él, poder visitar á mis padres, y la vergüenza no me impediria de presentarme delante de ellos con este vestido: mi sayo es basto y sobre todo está mal hecho; pero me garantiza contra el frio tan bien como otro que estuviera mejor cosido y fuese de paño mas fino. El sombrero tiene un color singular, pero me preserva del sol y de la lluvia; y en cuanto á mis sandalias, soy muy dichoso en tenerlas y por ellas y por todo lo demás nunca daré á Dios tantas gracias como le debo.

Mientras trabajaba en sus vestidos, Teodoro tuvo ocasion de hacer una multitud de reflexiones.

— Antes de venir á este desierto, no habia pensado nunca en las ventajas que el hombre encuentra en la sociedad de sus semejantes. ¡Cuántos trabajos no son necesarios para proveerle de vestidos como los que yo llevaba cuando estaba con mi familia! Tomemos por

ejemplo mi viejo sombrero de paja: antes de que de en medio de un surco pueda salir una caña de trigo, necesita el labrador un arado; la reja de ese arado ha sido sacada de las entrañas de la tierra, luego, ha sido necesario limpiarla de la tierra y demás materias extrañas mezcladas con ella, y despues forjarla; pero ¿cuántas manos no han sido menester para construir las herramientas y las máquinas empleadas en las minas, en las fundiciones y en las forjas? Para construir el arado ha sido menester un carretero, madera, herramientas y clavos; un herrero, que forjase estos últimos, y solo pudo hacerlo teniendo una fragua, fuelles, martillos, tenazas, una vigornia, carbon de piedra, cosas todas que él mismo no ha podido procurarse solo, y que suponen el concurso de otros muchos hombres. Para poderse servir del arado se necesita uncir los bueyes ó enganchar las mulas, y esto exige correas, cuerdas, y pide aun la cooperacion de otros brazos. Preparando ya el arado, falta abrir la tierra, sembrarla, rastrearla, escardar el trigo, segar, cortar las espigas á fin de dejar entera la paja, que el fabricante de sombreros ha de recibir, para hacerla sufrir multitud de operaciones antes de que resulte formado un sombrero.

De esta misma manera, Teodoro se representaba los trabajos que exigia la fabricacion de los paños y lienzos, antes de que pudiese tomarse la aguja y confeccionar un vestido completo.

— Hasta una simple aguja, añadia, ¿cuánto no cuesta hacerla! yo mismo acabo de experimentarlo, y sin embargo nada hay mas barato en las poblaciones, porque los hombres se ayudan mutuamente. ¡Qué hermoso es ver á millares de hombres trabajando para uno solo! Pero á fin de que la sociedad subsista es preciso que cada uno trabaje para todos. De este modo, no hay hombre que deje de ser útil á sus semejantes, y que no devuelva á su vez el bien que de la sociedad recibe. Gracias á este orden, establecido por la Providencia, no deberia haber en el mundo ni orgullo, ni envidia, ni pereza, porque los mas grandes necesitan de los mas pequeños, y como papá me ha dicho muchas veces, el que no trabaja no merece sacar provecho del trabajo de los demás. Dios ha dispuesto así las cosas para que los hombres aprendan á conocer que son hermanos, y que deben amarse unos á otros. ¡Oh! debo dar muchas gracias á Dios de haberme traído á esta isla para hacerme comprender estas verdades mucho mejor que las hubiese comprendido en medio de los hombres, á quienes he visto conducirse con frecuencia como si las ignorasen completamente. Que Dios me conceda volver alguna vez en medio de ellos, y yo les diré cuán desgraciado es el que vive en el aislamiento y la soledad, y contribuiré con todas mis fuerzas al sostenimiento del buen orden general.

IX.

UNA GRAN DESGRACIA.

Recobrada la salud y vestido por completo, Teodoro halló toda la tranquilidad y bienestar que era posible disfrutar en la isla. El deseo de ver á sus padres se habia despertado mas vivamente en él, y subia al pico de la roca varias veces al dia para espiar el paso de algun buque. Palpitando de alegría su corazón, veíalos con frecuencia navegar en direccion de la isla, y un instante despues cambiar de direccion y alejarse. Al fin acabó por descubrir en qué consistia que todos los buques ejecutaban la misma maniobra: los alrededores de la isla en que él habitaba, estaban llenos de arrecifes y de escollos á flor de agua, y los marinos cambiaban de direccion para evitar el estrellarse contra ellos. Un dia adquirió una prueba convincente de esto. Un buque, que se habia acercado á la isla mas que los otros, se detuvo de repente, cargó todas sus velas, y á fuerza de remo se dirigió hácia otra parte. El pobre Teodoro se afligió mucho con este descubrimiento, pero acabó por resignarse á su desgracia.

— Es la voluntad de Dios, exclamó, que yo permanezca aun en esta isla, y no debo murmurar. Aguardaré sin quejarme el dia y la hora que tenga marcadas para que salga de ella; solo si rogaré á la Santísima Virgen María interceda por mí cerca del Todopoderoso para que ese dia y esa hora lleguen lo mas pronto posible.

Pensando entonces que habria de pasar allí al menos un invierno mas, Teodoro se puso á hacer su provision de leña y cortó una grande cantidad de abetos, que hendia y colocaba en pila contra una roca cercana á su gruta. Tambien tuvo cuidado de recoger cuantas ramas secas y menudas pudo encontrar, para poder encender con mas facilidad y prontitud su fuego. Un dia cayó en un precipicio un abeto que acababa de cortar á hachazos; bajó á él y le costó no poco trabajo cortarlo en trozos para poderlo trasportar: al medio dia tuvo hambre, cargó sobre sus espaldas una parte de su leña y se dirigió con ella á su gruta. Pero ¿cuál no fué su espanto cuando al subir del precipicio vió una inmensa humareda y dos llamas rectas y compactas que se alzaban en el aire desde el centro de las rocas en que estaba su habitacion!

Habia oído hablar mas de una vez de los volcanes, de esas montañas que vomitan fuego por intervalos, y creyó que aquel seria algun fenómeno semejante; dejó su carga, y temblando se acercó al estrecho valle lleno de llamas y de humo,

(Se concluirá.)

Funerales de Manin.

Los funerales que Venecia acaba de hacer á Manin, han sido á la vez un acto nacional y una manifestacion patriótica. La hermosa ciudad puede, en efecto, reservar una de las mas bellas páginas de su libro de oro para el ilustre patriota que fué admirado aun de los enemigos que tuvo que combatir. Libertador de su patria, devolvió á Venecia su libertad por uno de esos actos que recuerdan los hechos de armas mas brillantes; jefe del gobierno, se mostró en los triunfos y en la lucha sin ostentacion como sin desfallecimiento, cumpliendo siempre con su deber; desterrado, rechazó de sus compatriotas y de la municipalidad veneciana los socorros que generosa y espontáneamente le ofrecian, y quiso ganarse el sustento con su trabajo cotidiano.

Tal fué Manin, firme hasta el heroismo en la vida pública, sencillo y bueno en la vida privada. Su historia es para Venecia un título de gloria.

El Dante ha pintado en versos magníficos y enérgicos las amarguras del destino; pero estábale reservado á Manin el conocer todos los dolores del desterrado. La muerte se mostró con él implacable, pues en Francia murió él, despues de haber visto morir á su esposa y á su hija. Así es que habia tres féretros, toda una familia que volvia á tomar el camino de la patria, para dormir en ella el último sueño.

Dos comisiones se nombraron para que presidieran este piadoso itinerario, la una francesa, compuesta de los principales amigos que Manin tenia en Francia, y la otra italiana, á cuya cabeza estaba el síndico de Venecia, conde Giustiniani. La comision italiana esperaba que la entrega de los féretros se haria en Paris con una solemnidad digna del hombre que siempre consideró la Francia como una segunda patria; pero no ha sido así, y solo han presenciado la exhumacion algunos amigos de la familia.

Los tres despojos mortales exhumados el 5, permanecieron hasta el 19 en Lans-le-Bourg, donde el subprefecto de San Juan de Maurienne los entregó oficialmente y las dos comisiones que debian acompañarlos hasta Venecia. El acompañamiento se puso en marcha; el tiempo estaba sombrío, los caminos malos, y la nieve añadía su mortaja á la que cubria los tres féretros.

Pero en Suza la escena cambió de aspecto. Habia allí una capilla ardiente que recibió los restos de la familia desterrada. El féretro de la hija tenia una corona blanca, el de la esposa una corona blanca y encarnada, y el de Manin una corona de laurel. Una escolta de honor, que habia sido enviado por la guardia nacional de Venecia, rodeaba la sala, y la poblacion acudia en muchedumbre á saludar al que al caer mereció el nombre de «padre del pueblo.»

Puede decirse que de Suza á Venecia el fúnebre viaje no ha sido otra cosa que una marcha triunfal. En cada una de las estaciones desde Turin, Verceil, Novara, Milan, Bérgamo, Peschiera, Verona, Padua, estalló el grito de la gratitud nacional, siendo aquello una série de cuadros conmovedores.

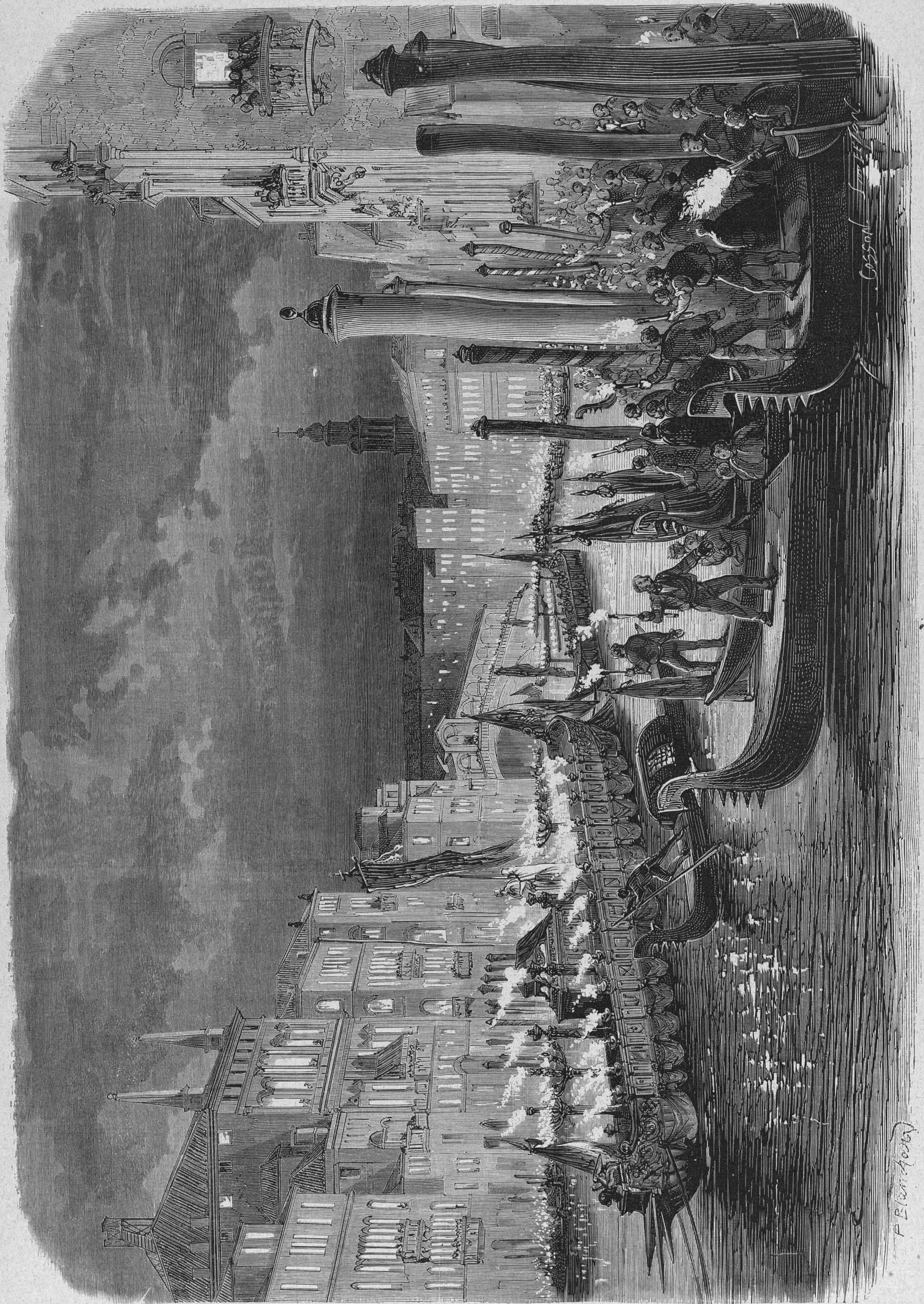
Y sin embargo, todo esto no era mas que el preludio de las imponentes manifestaciones que han tenido lugar en Venecia. El 19 á las diez de la noche, entró en la ciudad el fúnebre cortejo, una entrada palpitante de emociones y de lágrimas. Los tres féretros fueron recibidos por el coronel Jorge Manin, hijo del ex-dictador.

En este número reproducimos las dos escenas principales del funeral: el aspecto del gran canal y la entrada en San Marcos. El acompañamiento de embarcaciones y de góndolas era considerable. En el cortejo fúnebre figuraban comisiones del Senado y de la Cámara de diputados, la comision encargada de acompañar al cadáver desde la frontera, extranjeros distinguidos, Giorgio Manin y varios individuos del gobierno provisional y de las asambleas de 1848 y 1849.

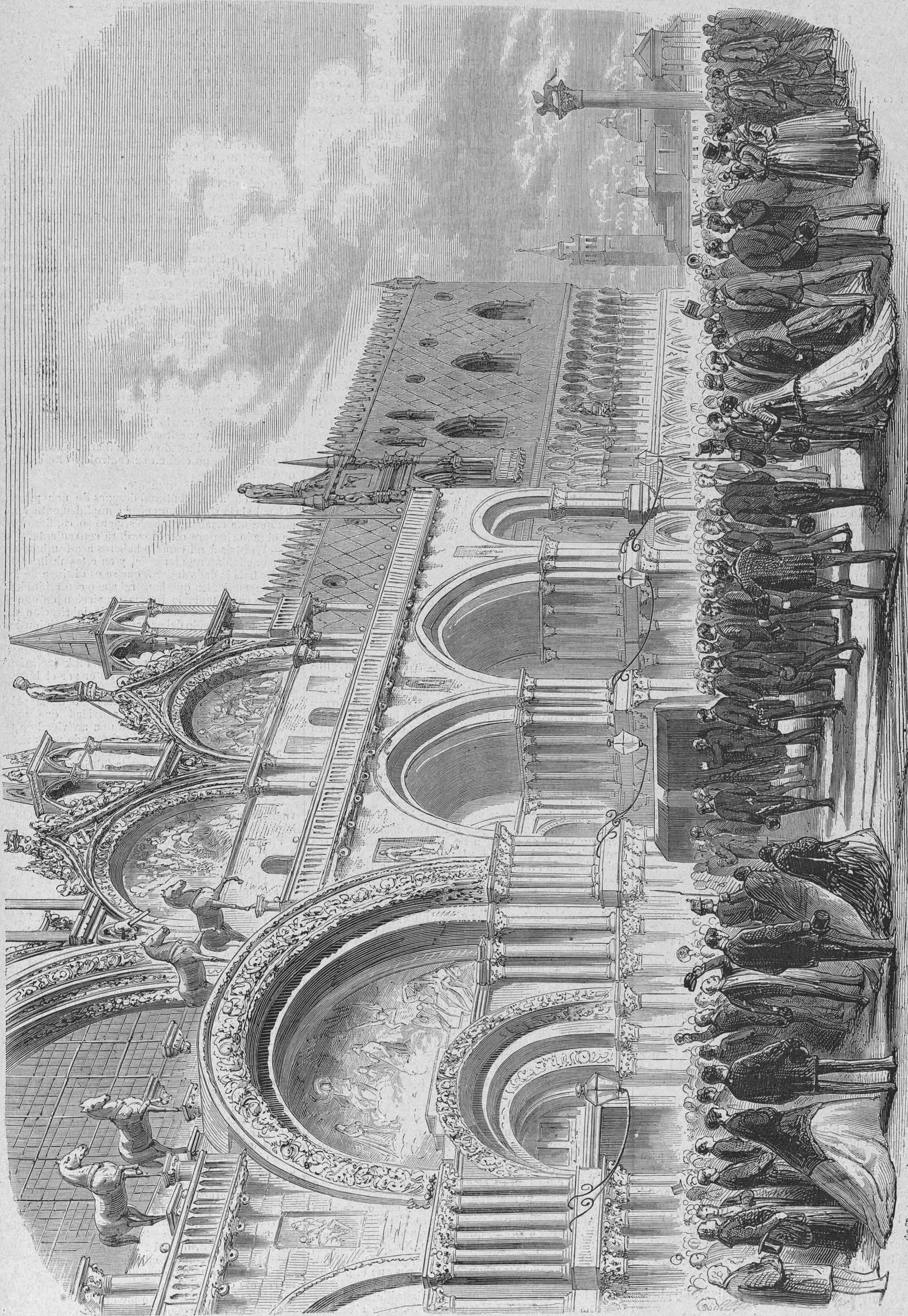
La música de la guardia nacional cerraba la marcha de la comitiva, la cual se detuvo delante de la puerta de la iglesia de San Marcos, donde salió á recibir el féretro una comision del ayuntamiento. Durante la noche hizo la guardia de honor un piquete de guardias nacionales. Todas las embarcaciones que cubrian el gran canal se hallaban espléndidamente iluminadas. Desde el amanecer viéronse ya en todas las casas de la ciudad colgaduras de luto. Reinó el orden mas completo, y todo el mundo se hallaba profundamente conmovido.

M. Legouvé dijo en un discurso pronunciado en la plaza de San Marcos, y que le valió muchos aplausos, que Venecia habia sido siempre harto célebre para que fuese posible que se ofuscara su gloria, aun cuando se la borrara del catálogo de las naciones; que en todos tiempos habia tenido embajadores en Francia; que Manin representaba á Venecia, y que al ilustre difunto se debia la alianza de Francia y de Italia. Añadió en seguida que se hallaba aun subsistente la influencia ejercida por Manin, que el ejército francés acudió á Italia como para una cruzada, que el tratado de Villafranca fué una cruel decepcion, pues que Venecia no recobró aun su libertad, y que en 1866 no fué el poder de una alianza lo que libró de la servidumbre á Venecia, sino Manin, cuyo nombre tenia preocupada á toda Europa, y que al fin acababa de volver á Venecia libre, mas bien como libertador que como un cadáver.

H. C.



Funerates de Manin en Venecia. — El cortejo fúnebre en el Rialto, sobre el Gran canal.



Funerales de Manin en Venecia. — Entrada en San Marcos.

G. S. M. E. 1874

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

En este momento una barca salía de detrás de la parte avanzada del bosque. Una niña mofletuda iba dentro y vacilaba con el movimiento rápido del barquichuelo, que su hermano de mas edad hacia separar de la orilla con ayuda de una pértiga.

— Mirad, exclamó Leonor enfurecida, cómo esos muñecos se apoderan hasta de nuestra barquilla. ¡A ver si volveis al momento!

Intimidado por la orden de Leonor, el bribonzuelo soltó la pértiga que tenia en la mano; la muchacha, impelida por el temor, se acercó demasiado al borde de la barca, perdió el equilibrio y cayó al agua. El muchacho, sin saber qué hacer, bogaba por el ancon. Viendo caer á su hermanita, dió un grito penetrante, al cual siguió otro lanzado desde la orilla.

— Salvad á esa niña, exclamó Leonor fuera de sí.

Bernardo, olvidando que no sabia nadar, se arrojó sin vacilar al agua; adelantó atrevidamente algunos pasos, y se encontró á poco metido en el agua y en el cielo hasta los sobacos. Alargó las manos hácia donde habia caído la niña, pero se encontraba todavía á algunas brazas de distancia de ella. Entre tanto, Leonor, con la velocidad del rayo, se habia lanzado detrás de un matorral. Algunos instantes despues reapareció á la orilla del lago. Desde el cañaveral en que estaba metido, Bernardo, lleno de espanto, tenia la vista fija en Leonor, que ostentaba todavía en su cabeza la fantástica corona de flores, flotando á lo largo de su cuerpo su ligero ropaje. Con aire resuelto, miraba hácia donde pudiera reaparecer encima del agua el vestido de la niña. Levantó los brazos por sobre su cabeza, y nadando con vigor, llegó hasta donde estaba aquella. La cogió por sus vestidos, y en dos brazadas alcanzó la barquilla, la asió, y haciendo uso de todas sus fuerzas, procuró poner en ella á la pobre niña. Una vez dueña de la cadena de la barca, la arrastró tras de sí. Bernardo que, pálido como un cadáver, habia observado todos los movimientos de Leonor, se apresuró á volver á tierra, le tendió la mano y tiró de la barca hasta que tocó á la orilla. Leonor sacó á la niña sin sentido. Bernardo sacó tambien al muchacho, y los dos se fueron apresuradamente á la casa del jardinero que estaba allí inmediata. El muchacho corria detrás de ellos dando gritos desgarradores. La ropa de Leonor, como estaba mojada, se adheria á su cuerpo, y en sus movimientos precipitados, las bellas formas de la jóven se dibujaban casi sin reserva á la vista de su compañero, en lo cual ella no habia reparado, embargada como estaba su atencion en el salvamento de la desgraciada criatura. Habiendo entrado Bernardo con ella en la habitacion del jardinero, le hizo salir en seguida. Con ayuda de la asustada mujer de este, Leonor desnudó á la niña y procuró, haciéndola algunas frotaciones, volverla á la vida. Entre tanto Bernardo estaba apoyado en la puerta del cuarto dando diente con diente, y en un estado de agitacion que hacia brillar sus ojos como dos ascuas.

— ¿Vive la niña? preguntó desde afuera.

— Sí, vive, contestó Leonor.

— ¡Dios sea loado! dijo Bernardo juntando las manos; pero la divinidad en que pensaba en este momento era la bella jóven.

Estuvo mucho tiempo arrimado á la puerta, transido de frio y abismado en sus pensamientos, hasta que una mujer de elevada estatura, con saya y corpiño de lana, se apareció en ella. Esta era Leonor, con los vestidos de la jardinera; al parecer estaba fatigada, pero brillaba la sonrisa en sus labios. Bernardo, fuera de sí, en un momento de sobrexcitacion, cogió la mano de Leonor y la cubrió de abrasadores besos, estando á punto de arrojarle á sus plantas.

— Caballero, teneis una graciosa figura, dijo Leonor alegremente. Vais á constiparos.

Bernardo estaba en su presencia, mojado hasta los huesos, y cubierto de lodo y cieno.

— No siento el menor frio, contestó tiritando con todas sus fuerzas.

— Entrad en seguida en la casa, dijo Leonor.

Y abriendo la puerta, dijo gritando:

— Dad á este caballero los vestidos del jardinero para que pueda mudar de traje. Id al cuarto, y allí os vestireis.

Bernardo, obedeciendo á esta invitacion, se apresuró á hacer lo que de él se exigia. La mujer del jardinero le llevó el primer vestido que pudo encontrar. Al cabo de algunos minutos salió de la casa metamorfoseado en jóven aldeano, y se reunió con Leonor que se paseaba á grandes pasos á la luz del sol poniente.

— Vamos al castillo, dijo Leonor, que habia recobrado su aire tranquilo y protector.

— Antes de eso, quisiera ver á esa criatura, dijo Bernardo con timidez.

Se acercaron á la cama en que la niña estaba acostada. Esta, extenuada, miró con apagados ojos la arru-

gada cara que se inclinaba sobre su lecho y la besaba en la frente.

— Es la hija de un pobre jornalero del pueblo, dijo la mujer del jardinero.

Bernardo, sin que Leonor se apercibiera, dejó un bolsillo encima de la cama.

Leonor y Bernardo apresuraron el paso y llegaron al castillo, donde Ehrenthal, habiendo salido ya del cuarto del baron, aguardaba con impaciencia el regreso de su hijo, quedando extraordinariamente admirado al reconocer á Bernardo en el jardinero que tenia en su presencia.

— Dadle una capa á este caballero que tiene frio, dijo Leonor á un criado. Envolveos bien en ella, ó de lo contrario podeis acordaros por mucho tiempo de nuestro paseo por los cañaverales.

Y Bernardo se acordó de él mucho tiempo. Se envolvió en la capa y se metió en un rincon del coche. Al baño frio sucedió un calor sofocante corriendo impetuosamente la sangre por sus venas. Habia visto á la mujer mas hermosa del mundo, y presenciado un espectáculo mas seductor que todas las ficciones poéticas de sus empolvados pergaminos. Se ruborizaba de vergüenza al pensar cuán torpe y poco hábil habia sido, y cuán pequeño y nulo habia aparecido hundido en el fango al lado de la heroína que habia mostrado tanta resolucion y energia.

A todas las preguntas que le dirigia su padre, contestaba con monosílabos. El padre y el hijo permanecieron así mucho tiempo mudos al lado uno de otro, ofreciendo uno la imagen de la astucia fria y calculada, y el otro la de una abrasadora y desmesurada pasion. Los dos habian llegado al cabo de sus largos y ardientes deseos; el padre se habia asegurado el derecho sobre la magnífica posesion, y el hijo habia tenido parte en una aventura que daba nuevo pábulo á su existencia poética.

Cerca del castillo del baron, la fábrica se levantaba con lentitud; la caja de Ehrenthal se habia enriquecido con el reconocimiento del baron y con la nueva hipoteca, y mientras el cuerpo débil y extenuado de Bernardo desfallecia á consecuencia de su baño frio, su alma apasionada se mecía en los mas dulces ensueños.

X.

Una tarde, el cartero se presentó en el escritorio y entregó una carta cerrada con lacre negro, dirigida á Fink. Este la abrió y subió silenciosamente á su cuarto. Como tardara en bajar, Antonio se presentó en el aposento de Fink, á quien encontró sentado en el sofá con la cabeza apoyada en una mano.

— ¿Has recibido alguna nueva desagradable? preguntó Antonio.

— Mi tio ha muerto, contestó Fink; mi tio, el hombre mas rico de *Walstreet* en Nueva York, ha volado por los aires al reventar la máquina de un buque de vapor de los que navegan por el Misisipi. Su carácter era poco amable, pero á su manera me habia dispensado muchos beneficios, y yo, con una insigne locura, he pagado sus bondades con ingratitudes. Este pensamiento hace que su muerte me sea sensible en extremo. Además, este suceso influirá de un modo decisivo sobre mi futura existencia.

— ¿Nos dejas? dijo Antonio asustado.

— Parto mañana. Mi padre ha sido instituido heredero universal de mi buen tio, quien me ha legado sus propiedades de los Estados Unidos del Norte. Mi tio se habia lanzado en grandes especulaciones territoriales, y ahora hay que desenredar asuntos muy complicados. Por eso quiere mi padre que me traslade lo mas pronto posible á Nueva York, y yo comprendo tambien que la presencia de los herederos es allí indispensable. Acaba repentinamente de mostrar gran confianza en mi sagacidad, y me atribuye una inteligencia especial en los negocios. Toma, lee tú mismo su carta.

Antonio vacilaba en tomarla.

— Vamos, Tony, lee, dijo Fink con sombría sonrisa. En nuestra familia el padre y el hijo no se escriben nada que no pueda ser leído por todo el mundo.

Antonio se detuvo al llegar á este párrafo:

«Los excelentes informes que M. Schröeter me da sobre tu espíritu práctico y sobre tu golpe de vista tan seguro como penetrante, me obligan á suplicarte que vayas tú mismo á los Estados Unidos. Si accedes á mis deseos, M. Weststock, empleado en nuestra casa, irá en tu compañía.

Antonio dejó silenciosamente la carta sobre la mesa, y Fink preguntó:

— ¿Qué te parecen los elogios de que nuestro principal se muestra tan pródigo respecto á mí? Tú sabes que tengo alguna razon para creer que no le merezco tan buenas ausencias.

— Y sin embargo, su elogio y su opinion me parecen justas, contestó Antonio.

— Sea la que quiera la causa de esos elogios, respondió Fink, no por eso ejercen menos influencia en mi destino. Yo soy ahora lo que he deseado largo tiempo, propietario del otro lado del Océano. Nosotros tambien, querido Antonio, nos vemos obligados á separarnos, añadiéndole la mano. Yo no creía que esto fuera tan pronto, pero ya volveremos á vernos.

— Plegue á Dios, dijo Antonio melancólicamente, estrechando la mano del jóven heredero. Pero ahora debes ir á ver á M. Schröeter; él debe ser el primero á quien des conocimiento de tu partida.

— Ya lo sabe, dijo Fink; tambien ha recibido carta de mi padre.

— Mayor motivo para que le hables sobre el particular.

— Tienes razon, voy en seguida.

Antonio volvió á ocupar su sitio en el escritorio, y Fink entró en el gabinete-despacho del principal. M. Schröeter corrió á su encuentro, y despues de haberle expresado la parte que tomaba en el dolor que debia causarle la desgracia que acababa de experimentar, le dijo con gravedad:

— Se comprende muy bien que desde este momento quedan rotos todos los lazos que os unian á nuestra casa; todo el tiempo que debais permanecer todavia entre nosotros, os suplico que os considereis como un huésped á quien debo todo género de atenciones por el gran celo que ha desplegado en beneficio de mis intereses. Sentaos, M. de Fink, y decidme en qué puedo seros de alguna utilidad.

Despues de haberse sentado en el sofá, Fink dijo tambien con mucha cortesania:

— Las resoluciones adoptadas por mi padre respecto á mi suerte futura, están de tal manera en consonancia con mis gustos y mis deseos, que no puedo menos de estaros vivamente reconocido. Los informes que le habeis dado de mí han sido mas favorables de lo que yo debia esperar despues de todo lo que ha ocurrido. Si estais verdaderamente satisfecho de mí, me llenará de gozo oírlo de vuestros propios labios.

— Vuestra conducta no me ha satisfecho en un sentido absoluto, señor de Fink, contestó el negociante con dignidad. Aquí no os encontrábais en vuestro elemento, pero esto no ha impedido que me convenciera de que poseeis las dotes necesarias para vivir en una esfera de actividad mayor que la nuestra. Teneis un talento maravilloso para abrazarlo todo con una rápida ojeada, para dominar á vuestros semejantes, y teneis además una fuerza de voluntad extraordinaria. Una naturaleza de esa especie no está en su centro en el escritorio de un comerciante.

Fink se inclinó ligeramente.

— No obstante, continuó despues de una pausa, mi deber habria sido desempeñar cumplidamente los cargos que me estaban confiados, pero yo confieso que no he obrado siempre con la cordura conveniente.

— Vinisteis á mi casa sin haberos acostumbrado antes á una actividad regularizada, y en estos últimos tiempos no habeis dado lugar á que se os distinga de los demás dependientes que han trabajado con asiduidad. Así es, que como tenia la íntima conviccion de que vuestros gustos os inclinaban mas á la fabricacion que al comercio, he creido deber comunicar mi opinion á vuestro padre.

— ¿Con que reconozco en mí disposicion para dedicarme á la fabricacion? preguntó Fink inclinándose, como para dar gracias á M. Schröeter por el buen concepto que habia formado de él.

— A lo menos en el sentido mas lato de la palabra, contestó el negociante. Toda actividad que produce nuevos valores, es en definitiva una actividad de fabricacion. Esta es tenida en todo el mundo por aristocrática. Nuestra mision como negociantes es hacer populares los valores que produce la fabricacion.

— En ese sentido, me adhiero plenamente á vuestra opinion, repuso Fink levantándose.

— Vuestra partida será una gran pérdida para uno de vuestros amigos, dijo M. Schröeter, acompañando hasta la puerta al heredero.

Fink se detuvo y dijo con vivacidad:

— Permitidme que me acompañe á América. Hay en él gran disposicion para hacer fortuna.

— ¿Le habeis hablado de ello alguna vez? preguntó M. Schröeter.

— No, dijo Fink.

— Pues entonces no os ocultaré mis recelos. Wohlfart es jóven, y creo que para el desenvolvimiento de su carácter, debemos desear que se entregue todavia por algunos años á la actividad modesta y regularizada de los negocios en el continente. Por otra parte, sabeis que no tengo el menor derecho para coartar su libre albedrio. Yo tendré un gran pesar en que se vaya, pero si él está persuadido de que viviendo á vuestro lado debe hacer su fortuna con mayor velocidad, yo no opondré ningun obstáculo.

— Permitidme que le interroge en seguida sobre este particular, dijo Fink.

Habiendo accedido M. Schröeter á esta peticion, llamó á Antonio y le dijo:

— Antonio, he rogado á M. Schröeter que te releve de tus obligaciones al mismo tiempo que á mí. Yo tendré una gran satisfaccion en llevarte conmigo; tú sabes muy bien el cariño que te profeso, y en la nueva existencia que empezará para los dos á la vez, adelantaremos rápidamente. Tú mismo fijarás las condiciones con que accedas á acompañarme; M. Schröeter te deja enteramente libre para que adoptes una resolucion.

Esta inesperada proposicion impresionó á Antonio y le hizo vacilar un instante. Las brillantes imágenes del porvenir que se presentaban de repente ante sus ojos, le parecieron efectivamente seductoras, pero recapacitando en seguida, miró á M. Schröeter y le preguntó:

— ¿Creeis que obraré cuerdamente si me voy?

— No, creo que no, querido Wohlfart, contestó el comerciante con seriedad.

— Pues bien, en ese caso me quedo, dijo Antonio resueltamente. No te ofendas, querido amigo, si no acepto tu proposicion. Soy huérfano, y no cuento con otro asilo que esta casa y el escritorio; permaneceré pues

con M. Schröeter, si quiere conservarme á su servicio. Casi conmovido por estas palabras, M. Schröeter repuso:

— Pensad tambien que resolviendo la cuestion en ese sentido, haceis un gran sacrificio. En mi escritorio, no podeis haceros rico, ni aprender á conocer una brillante existencia; mis negocios son limitados, y dia puede llegar en que esta reducida atmósfera sea pesada para vos. A no dudar, al otro lado de los mares hallareis mas fácilmente que en mi casa los medios de asegurar vuestro porvenir de una manera independiente, de adquirir riquezas y de extender el círculo de vuestros conocimientos.

— Mi buen padre me repetia con frecuencia este antiguo adagio: *No abandones tu patria, y gana honradamente tu sustento.* Seguiré este precepto, contestó Antonio con voz ahogada por la emocion.

— Es y será siempre un verdadero *philistin* (1), exclamó Fink en un acceso de desesperacion.

— Creo que esta llaneza de espíritu es una base muy respetable para fundar la felicidad de un hombre, dijo M. Schröeter; y este asunto quedó terminado.

Fink no habló ya mas de su proposicion, y Antonio procuró por medio de finas atenciones probar á su amigo cuánto le amaba y cuánto le costaba separarse de él.

Por la noche, Fink dijo á Antonio:

— Escucha, querido, tengo deseo de llevarme conmigo una mujer.

Antonio miró á su amigo con cierto espanto, como el que quiere ocultarse á sí mismo y á los ojos de los demás una agitacion extraordinaria, y le preguntó esforzándose por parecer alegre:

— ¡Cómo! ¿acaso la señorita de Baldereck?...

— ¡Alto ahí! exclamó Fink bruscamente; ¿qué quieres que haga yo de una mujer que no tiene otra idea que divertirse con el dinero de su marido?

— Pues entonces, ¿cuál es tu pensamiento? ¿A no ser que tengas intencion de hacer una proposicion á la parienta de la casa!

— No, querido, á la tia no, pero sí á Sabina.

— ¡Por Dios santo! dijo Antonio consternado, que esto daría pié para una bonita historia.

— No, contestó friamente Fink: ó me acepta por marido, haciendo la felicidad de mi vida, ó rehusa mi mano, y en este último caso partiré solo.

— Partirás solo. ¿Has pensado alguna vez en elegir á Sabina por compañera? preguntó Antonio turbado.

— Sí, contestó Fink: el año pasado frecuentemente: es la mejor ama de casa que yo conozco, y no se encuentra en el mundo un corazón mas grande y mas noble que el suyo...

Antonio miró atónito á su amigo. Jamás Fink habia dado á entender por la alusion mas insignificante, que Sabina tuviera á sus ojos mayores merecimientos que cualquiera otra de las señoras á quienes conociera.

— Pues tú jamás me has dicho una palabra.

— ¿Acaso me has hablado tú jamás de los sentimientos que te inspiraba otra jóven? replicó Fink riendo.

Antonio se ruborizó y guardó silencio.

— Yo creo que ella me quiere, continuó Fink, pero ignoro si se resolverá á seguirme, y esto es lo que vamos á saber muy pronto. Bajo á preguntárselo.

Antonio se colocó entre la puerta y su amigo.

— Te suplico nuevamente que reflexiones lo que vas á hacer...

— ¿Qué necesidad hay de reflexionar, majadero? dijo Fink riendo.

Una vivacidad extraordinaria se pintó en su fisonomía y se manifestó en todos sus movimientos.

— ¿Amas á la señorita Sabina? preguntó Antonio.

— Hé ahí una pregunta digna de un verdadero *philistin*, contestó Fink. ¿Y por qué no?

— ¿Y quieres llevarla contigo á las plantaciones y á los bosques?

— Por eso precisamente quiero casarme con ella. Con su alma noble y enérgica, dará á mi vida estabilidad y nobleza. No se puede decir precisamente que sea amable, á lo menos no es tan fácil hablar con ella como con cualquiera otra; pero si me caso, necesito una mujer que me imponga, y créeme, con sus ojos negros tiene una cara que causa respeto. Pero ahora, déjame, es necesario que yo sepa á qué altura me hallo con ella.

— Habla primero á M. Schröeter, gritó Antonio á su impetuoso amigo, que ya no le oía.

Antonio, con las manos juntas se paseaba á lo largo y á lo ancho de su habitacion. Todos los elogios que Fink hacia de Sabina eran merecidos, lo cual sentia vivamente; sabia que ella profesaba á Fink un profundo afecto, pero presentia tambien que su amigo tendria que luchar con dificultades insuperables, y esta precipitacion, esta impetuosidad le hacian daño. Esto contrastaba mucho con su propio carácter. En todo habia una cosa que le disgustaba. Fink no hablaba mas que de él; ¿habia pensado acaso en la felicidad de Sabina? Comprendia el pesar que experimentaria al abandonar á su hermano, y despedirse de su pais aventurándose en medio de un pueblo extranjero y entregándose tal vez á los azares de una vida agitada. Verdad es que estaba convencido de que Fink era hombre capaz de echar á los piés de Sabina todas las flores del nuevo mundo; pero Fink, constantemente ocupado y en continuo mo-

vimiento, ¿sabria comprender siempre los sentimientos de una alemana?

Antonio tomó involuntariamente partido contra su amigo. Le parecia que Sabina no podia abandonar con gusto la morada de su hermano; sentia profundamente el vacío que su desaparicion dejaria en la mesa del principal, en el gobierno de la casa, y sobre todo en la existencia de su hermano. Estos pensamientos le llenaron de inquietud y de pesar.

Empezaba á anochecer; de las ventanas opuestas reflejaba una débil claridad en el oscuro aposento, y Fink no volvia.

Entre tanto anunciaron á Sabina la visita de Fink. Se presentó en seguida, y sus megillas estaban mas coloradas que de costumbre, cuando le dijo:

— Mi hermano me ha dicho que os veis obligado á dejarnos.

Fink, vivamente agitado, contestó.

— En efecto, me veo precisado á partir, pero yo no puedo separarme de esta casa sin haberos hablado antes con franqueza. Yo vine aquí sin tomar interés en esta existencia tranquila á la que mi espíritu disipador no habia estado habituado. Aquí es donde he aprendido á conocer la dicha y la intimidad de la vida alemana. Señorita, yo os he respetado siempre como el genio benéfico de esta casa. Desde mi llegada habeis procurado mantenerme á una distancia que con frecuencia me ha sido penosa. Ahora vengo á deciros cuánto se han fijado en vos mis miradas y mi alma; siento cuán dichosa seria mi existencia, si pudiera oír siempre vuestra voz, y si vuestro talento pudiera venir en mi auxilio en el nuevo género de vida que voy á emprender.

Sabina palideció mucho y retrocedió.

— No continueis, señor de Fink, dijo con voz suplicante, agitando la mano como si quisiera desviar de su lado la fortuna que se le ofrecia.

— Dejádme acabar, continuó Fink con prontitud; miraré como mi mayor felicidad llevar la conviccion de que no os he sido indiferente. No soy bastante presuntuoso para rogaros que me sigais desde este momento en medio de los afanes que me aguardan en América, pero dejádme abrigar la esperanza de que al regresar dentro de un año, os dignareis entonces concederme vuestra mano.

— No volvais, dijo Sabina inmóvil como una estatua, con voz apenas inteligible. Os suplico que terminemos esta conversacion.

Su mano cogió convulsivamente el respaldo de la silla mas cercana y se mantuvo apoyada en ella, sin tener una gota de sangre en sus venas, permaneciendo fria ante las súplicas de Fink; pero á través de sus lágrimas fijó en él una mirada tan tierna y melancólica, que á

pesar de su habitual ligereza, Fink se desconcertó; perdiendo su aplomo y olvidando hasta su pretension, no pensó mas que en la turbacion de Sabina, y no tuvo mas que una sola idea, la de tranquilizarla.

— Siento en el alma, dijo, haber podido causaros semejante disgusto; perdonadme, Sabina.

— Partid, os lo suplico.

— No me despidais sin pronunciar una palabra consoladora; dadme una contestacion; la respuesta mas desagradable es preferible á ese silencio.

— Escuchad, dijo Sabina con forzada calma, mientras su agitado corazón latia con fuerza y temblaba su mano; desde el primer dia que os ví me inspirásteis cariño y me entregué á este sentimiento como una niña sin reflexion; escuchaba con transporte el sonido de vuestra voz y cuanto vuestras palabras decian de una manera tan expresiva. Pero luego combatí este sentimiento. Sí, repitió, le he combatido. No puedo ser vuestra esposa, porque eso causaria mi infelicidad.

— ¿Por qué? preguntó Fink presa de la mas viva desesperacion.

— No me preguntéis mas, contestó Sabina con voz apenas inteligible.

— Es necesario que yo oiga mi sentencia de vuestra boca, exclamó Fink.

— Habeis jugado con vuestra propia existencia y con la de los que os rodean. Para realizar vuestros proyectos prescindiriais un dia de todos los miramientos. Me complazco en creer que acometeréis grandes y nobles empresas, pero en todas ellas los hombres no serán nada á vuestros ojos. Yo no puedo soportar un carácter semejante. Creo que seriais para mí bueno, afectuoso y que siempre me guardaríais las mismas atenciones; pero tendriais precision de llevarme siempre en vuestra compañía, esto llegaria á ser para vos una carga pesada, y yo me encontraria sola en una tierra extranjera. Yo soy sensible y estoy mimada. Infinitos lazos me ligan á los hábitos y costumbres de esta casa, á los delicados deberes del gobierno de ella y á la existencia de mi hermano.

Fink miraba al suelo con aire sombrío.

— En este momento me castigais bien severamente por los disgustos que haya podido causaros.

— No, exclamó Sabina tendiéndole la mano; no, amigo mio, no me juzguéis tan mal. Si ha habido momentos en que me habeis causado grandes pesares, tambien ha habido otros en que me habeis inspirado la mas profunda admiracion. Esto es precisamente lo que nos separa para siempre. A vuestro lado yo no puedo disfrutar de tranquilidad; siempre me siento precipitada de una en otra emocion; tan pronto me asalta un temor febril, como siento una alegría infinita. Esta seria una lucha continua en que me veria empeñada fatalmente, y esto en medio de relaciones intimas en las que deberia ligarme á vos con toda la fuerza de mi alma. Y vos, amigo mio, os aperibiriais de ello y me tendriais ojeriza.

Sabina le tendió de nuevo la mano.

Fink se inclinó hácia esta mano tan pequeña y linda y la besó.

— ¡Plegue el cielo concederos un destino feliz! dijo Sabina agitada por un temblor general. Si desde que vinisteis á vivir entre nosotros habeis disfrutado algun momento de felicidad, acordaos de ello en la tierra extranjera que vais á habitar, y si alguna vez en esta tranquila morada alemana habeis observado en la conducta de mi hermano algo que os haya inspirado respeto, recordadlo tambien. Sí, en esa existencia agitada que os aguarda, en la que os vereis asaltado por grandes tentaciones, en la que tendreis luchas que sostener, no penseis nunca mal de nuestro modo de vivir y obrar.

Al decir esto puso la mano sobre la cabeza de Fink, como una madre que llena de angustia bendice á su hijo querido en el momento de su partida.

Fink conservaba entre las suyas la mano de Sabina. Los dos se miraron silenciosos, teniendo las megillas cubiertas de mortal palidez.

Finalmente Fink dijo con el acento mas tierno de su melodiosa voz:

— Adios, Sabina.

— Adios, dijo ella en voz tan baja y débil, que Fink apenas la oyó. Este salió lentamente de la estancia, siguiéndolo Sabina con la vista fija, como se sigue á una aparicion.

(Se continuará.)

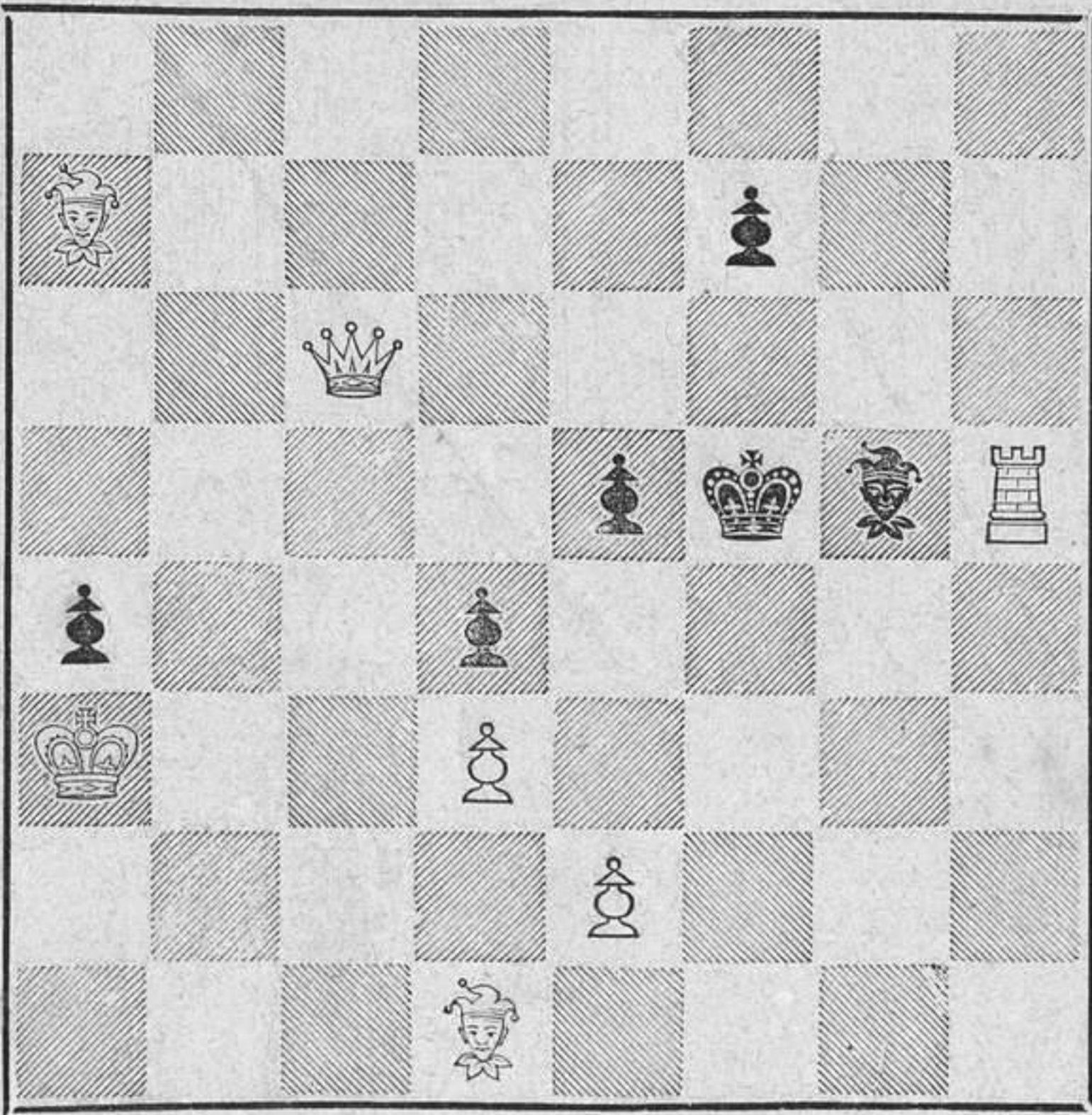
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 260.

Por un error de imprenta se ha puesto una T negra en lugar de una T blanca en la 4ª casilla de la Ra. Rogamos á nuestros lectores se sirvan hacer la rectificacion.

PROBLEMA NÚMERO 261, POR M. GRIMSHAW.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Proprietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

Ambrosio Thomas.

El compositor francés M. Ambrosio Thomas, cuyo nombre acaba de obtener nueva fama con la ópera *Hamlet*, nació en Metz en 1811. En 1828 entró en el Conservatorio, y despues de haber hecho allí buenos estudios bajo la direccion de Zimmerman y Dourlen, despues de haber adquirido una sólida educacion musical dirigida por Lesueur, el sabio autor de los *Bardes*, Ambrosio Thomas, que sucesivamente habia obtenido el premio de piano y el de armonía, fué enviado en 1832 como laureado á la escuela de Roma. En Roma se encontró con un artista célebre, cuyo genio no dejaba de ofrecer cierta analogia con el suyo, y que fué su amigo desde entonces, Hipólito Flandrin. Tres años despues Ambrosio Thomas volvia á Francia, donde daba á la Opera Cómica *la Double échelle*, una de esas lindas

(1) Los estudiantes alemanes designan con este apodo á las personas extrañas á la universidad, y particularmente á los mercaderes y comerciantes.

composiciones en un acto por las cuales un compositor de mérito anuncia su porvenir. Ambrosio Thomas entró desde luego en ese grupo que mandaba Adolfo Adam, después de M. Auber. A la *Double échelle* siguieron el *Perruquier de la Regence* y el *Panier fleuri* (1839) que tuvo un éxito extraordinario, y donde se dió á conocer el tenor Mecker. El *Guerrillero* y *Angelique et Medor*, han caído hace tiempo en el olvido. Entre las obras luminosas, alegres y risueñas de M. Auber y las partituras trabajadas, pero notables á veces, de M. Halevy, Ambrosio Thomas anduvo incierto, hasta que por fin el futuro autor de *Hamlet* tomó resueltamente su partido; hizo lo que Mehul había hecho con el *Irato*, parodió la música italiana, y en 1849 dió el *Caid*, preciosa producción conocida de todo el mundo. Pero este era uno de los aspectos del talento de Ambrosio Thomas; el otro vino á revelarse en el *Songe d'une nuit d'été* (1856), notabilísima partitura, la mejor á nuestro juicio de todas las que componen el repertorio de M. Ambrosio Thomas, pues tiene la delicadeza del sentimiento, la distinción del estilo, la elegancia, y sobre todo esa habilidad y ese saber que hacen de M. Ambrosio Thomas un verdadero maestro, cuyas obras deben tenerse en cuenta, aun cuando no hayan obtenido un gran éxito, como *Psyché*, los *Amoureux de Celimène* y el *Carnaval de Venise*. *Mignon*, una de las últimas óperas de M. Ambrosio Thomas ofrece un sentimiento mas melancólico; es como una conversión á la nueva escuela; y á la verdad, cuando se recuerda aquel *Panier fleuri* que fué la obra del talento de M. Ambrosio Thomas en su aurora y se llega á la gran partitura de *Hamlet*, se ve todo el camino que puede recorrer en el arte un eclectismo inteligente.

Desde hace medio siglo la escuela musical francesa se ha apropiado las cualidades de las escuelas vecinas. Cuando por primera vez se oyeron en Francia las obras de Rossini, se modificó sensiblemente el estilo de los maestros de la época; Boieldieu, Herold, M. Auber su-

frieron esta nueva influencia, y sus producciones al inspirarse con el genio del compositor italiano, tomaron mas brillo aun, sin abdicar por eso las cualidades propias del espíritu francés. Meyerbeer, cuya acción fué tan grande en Francia, no perjudicó, á nuestro juicio, á la escuela francesa, y ahora que la nueva escuela alemana violenta, digámoslo así, las resistencias parisenses, que penetra mas y mas en el gusto del público,

de los muebles y colgaduras, formaban un cuadro de un aspecto mágico.

El virey tuvo una indisposición que le impidió asistir á la fiesta del señor Antoniadis, pero para probar todo lo que sentía este contratiempo, quiso S. A. que el joven príncipe Mohamed-Tawfick bajá su heredero, le representase, acompañado de varios funcionarios de Egipto de los mas encumbrados.

G. R



Ambrosio Thomas.

bueno es que un hombre de talento, como Ambrosio Thomas la dé la mano y la presente al teatro con sus obras, que conservando el genio nacional, se abandonan con talento y medida á las influencias extranjeras. *Hamlet* ha echado el puente sobre el cual debe pasar un día toda la música de Wagner.

M. S.

Baile dado á S. A. el virey

DE EGIPTO EN ALEJANDRÍA.

Ni las preocupaciones políticas ni los apuros financieros han impedido que el invierno haya sido brillante en Alejandría. Sin embargo, entre todas las fiestas hay una que merece particular mención, y es la que el señor Antoniadis, uno de los principales miembros de la colonia griega, ha dado en su magnífico palacio á Su Alteza el virey.

El señor Antoniadis habría podido limitarse á abrir sus salones, cuya elegancia se había admirado en la anterior temporada; pero juzgó que esto no era bastante para el huésped á quien se trataba de recibir, y mandó construir una sala de baile especial que cubría casi enteramente el jardín y penetraba en el mismo palacio.

El dibujo de M. Belly que acompaña á estas líneas, reproduce fielmente el carácter original de este inmenso salón improvisado: su ornato de estilo morisco, la profusión de arañas, la riqueza



Baile dado en honor de S. A. el virey de Egipto en Alejandría.